





Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2022, **Niky Moliviatis**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Edith Gallego Mainar

Correctora

María Baz

Ilustración de cubierta

Heber Salguero

Cubierta

Vasco Lopez

Maquetación

Jara Villanueva Peñas

Impresión

PodiPrint

Primera edición: Abril de 2022

Depósito Legal: B 3358-2022

ISBN: 978-84-18013-81-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).





NIKY MOLIVIATIS

LA
PROMESA
QUE
NUNCA HICIMOS



Nova Casa Editorial





*Para ti,
amarte a ti es un juego perdido*

για σενα,
να σε αγαπώ είναι ένα χαμένο παιχνίδι





AGRADECIMIENTOS

Πρέπει να ξεκινήσω λέγοντας ότι αυτή η ιστορία δεν είναι αληθινή, και ενώ έχει πολλά αληθινά στοιχεία, πάνω από 80% όσων διαβάσετε είναι μυθοπλασία.

Τα μέρη και οι άνθρωποι που γνώρισα στη Σαντορίνη εμπνέυσαν πολλά κομμάτια από την παρακάτω ιστορία.

Και για αυτό θέλω να ευχαριστήσω όλες τις μεγάλες εμπνεύσεις που μαρκάρανε την αρχή και το τέλος της μεγάλης περιπέτειας συγγραφής του *La Promesa que nunca hicimos*.

Πρώτους από όλους, πρέπει να ευχαριστήσω τον Ανδρέα Μαρκοζάνες που ήταν ο πρώτος που μοιράστηκα την τρελή ιδέα της ιστορίας, σε ένα τραπέζι του Vineyard, στη Σαντορίνη, το 2016. Ευχαριστώ αδελφούλη για τον ενθουσιασμό σου σε κάθε βήμα αυτού του βιβλίου.

Έπειτα, την οικογένεια Μονοχολιά, τους "Ελληνες γονείς" μου. Εσείς που μου δώσατε την ευκαιρία να ζήσω στην Ελλάδα, προσφέροντας μου ένα σπίτι για όλη την χρόνια.

Την οικογένεια Μαρκοζάνες (Skala, Skiza) που με μάθατε να αγαπώ το νησί σας, έως ότου το έκανα δικό μου.

Την οικογένεια Κόντο (Epilekton) που μου προσφέρατε δουλειά όταν ήθελα να περάσω το καλοκαίρι μου στην Σαντορίνη. Χωρίς εσάς αυτό το βιβλίο δεν θα υπήρχε, χωρίς εσάς η αγάπη μου για την Ελλάδα, η θέλησή μου να επιστρέψω και τόσα πολλά όμορφα συναισθήματα θα είχαν μείνει σε ένα κλειστό συρτάρι.





Την οικογένεια Μανδικάρας (Lotza) που, χωρίς να σας ξέρω προσωπικά, εμπνεύσατε ένα μεγάλο μέρος της ιστορίας μου.

Ευχαριστώ που μου επιτρέψατε να περιγράψω την μαγεία που αντίκρισα από το μπαλκόνι σας στην Οία Old Houses, και όσα κάνατε για μένα το 2020.

Έμιλη, είσαι από τα πιο γλυκά άτομα που έχω γνωρίσει, θα μείνουν στην καρδιά μου όλες μας οι συζητήσεις.

Και σε σένα, που δε θα πω το όνομά σου, αλλά αν μια μέρα διαβάζεις αυτό... σε ευχαριστώ. Για όλες τις ώρες μας στο Skype, συζητώντας ιδέες για το βιβλίο. Ευχαριστώ γιατί με έκανες να πιστέψω στον εαυτό μου, και ήσουν εκεί όταν ένιωσα πιο μόνη από ποτέ. Για αυτό, σου αφιερώνω αυτό το βιβλίο. Ελπίζω να ξέρεις ποσά πρόσφερες σε αυτό το βιβλίο, και στη ζωή μου.



Tengo que empezar diciendo que esta historia no es real, más del 80% de su interior es pura fantasía. Aun así, tiene elementos que sí lo son: los lugares y muchas personas que conocí en Santorini inspiraron grandes momentos de la trama.

Es por eso por lo que quiero agradecer a todas esas grandes inspiraciones que marcaron un comienzo y un fin en esta aventura de escribir La promesa que nunca hicimos.

Primero tengo que mencionar a Andreas Markozanes. Cuando se me ocurrió esta loca idea, fue al primero que se la conté, sentados en una de las mesas de Vineyard en Santorini en el 2016. Gracias, hermanito, por emocionarte en cada paso que dimos con este libro.





A la familia Monacholias, mis papás griegos, que me ofreció la oportunidad de vivir en Grecia y me dieron un hogar en todo ese año. A la familia Markozanes (Skiza, Skala), que me hizo amar su isla tanto que la hice propia. A la familia Kontos (Epilekton), por darme un trabajo cuando quería quedarme todo el verano en Santorini. Sin vosotros, este libro nunca hubiera sido posible. Sin vosotros, mi amor por Grecia, mi querer regresar a vivir a la isla y tantas cosas hubieran quedado en un cajón que jamás sería abierto.

A la familia Mandilaras (Lotza), sin siquiera conocerlos, inspiraron un pilar demasiado grande en esta historia. Gracias por permitirme describir las maravillas que vi desde su balcón en Old Oia Houses y por todo lo que hicieron por mí en 2020. Emily, eres una de las personas más dulces y siempre guardaré nuestras charlas en mi corazón.

Y a ti, que no mencionaré tu nombre, pero si algún día lees esto... GRACIAS. Por las horas hablando en Skype, dándome ideas para incluir en el libro. Gracias por darme seguridad en mí y por estar siempre cuando más sola me sentía. Por eso te lo dedico a ti. A la persona que no sé si algún día sabrá lo mucho que aportó a esta historia y a mi vida.

A mi familia, por apoyarme siempre en cada paso que doy. Como diría mi papá: «Te di alas para volar» y no tengo palabras para describir lo que sería de mí sin los padres que tengo. A Sofi, mi hermana, que me ayudó a traducir todo esto, aun cuando está cuidando a baby Zoi. A mis hermanos, sobrinos, mi prima, mi tía y mi abuela. A toda mi familia griega, que me hace sentir orgullosa de ser mitad griega. ¡Opa!





A Andrea Leiva, esa amiga incondicional que se sentó conmigo durante horas solo para verme editar y no me dejó levantarme hasta terminar un capítulo tras otro. A Gabriela Franco, quien también me apoyó con mis locuras, detalles y diseños.

Quiero mencionar a mi abuelito Paco, a mi bisabuela Cony y a mi hermano Bassy. Dejo en este libro grabados sus nombres, sus enseñanzas y su amor. Sé que están viéndome desde arriba y aplaudiendo las metas logradas.

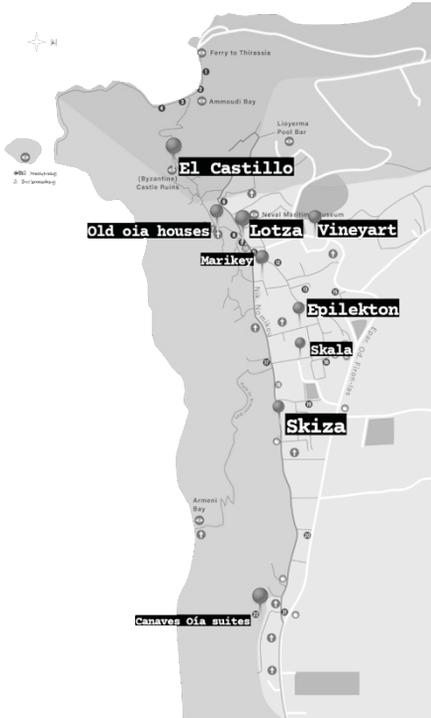
A Heber Salguero (@4heber), por hacer que la portada fuera todo lo que siempre soñé. Una cubierta llena de realidad. Gracias por sacar de mi mente exactamente a los personajes de una forma tan natural. A Edith, por ayudarme en todo el proceso y aguantarme en cada detalle que quise ponerle al libro. Al equipo detrás de la edición, a Nova Casa Editorial, por hacer que este libro esté hoy en nuestras manos. A Joan Adell, por impulsar mis sueños y no dejarlos caer nunca, por darme la oportunidad de ser parte de la mejor editorial y ser el primero en creer en mí.

Y A TI, QUERIDA LECTORA. Sin ti esta publicación jamás habría sido posible. Gracias por apoyarme en hacer mi sueño realidad, gracias por darme la oportunidad tan grande de abrir este libro y leerlo.

¿Te puedo pedir algo? Para mí este libro tiene un valor sentimental tan grande que me gustaría saber qué te pareció.

Besos enormes, Niky Molivatis
@NikyMoli





DESCUBRIENDO SANTORINI

Hola, mi nombre es Mia Karakla y quiero mostrarte un poco de mi mundo: Santorini. Si algún día llegas a viajar aquí, no olvides visitar los lugares mencionados en este libro, todos existen.

¡Bienvenido a Oia!
Disfruta del viaje, o, como diríamos en Grecia, καλό ταξίδι.



«Ellos eran almas gemelas, aunque muchas veces vienes a esta vida a encontrar a tu alma gemela, pero no a permanecer una vida juntos».

:♦:♦:♦:♦:

Siempre escucho la típica historia de gente que dice: «Un día voy a escribir mi historia, es digna de ser contada». ¿Acaso las personas no saben que a la mitad de nosotros no nos interesa la de alguien más que no sea la nuestra?

Bueno, hoy seré una de esas personas que creen que la suya es digna de ser contada, y la verdad así es, creo que es de las que leería en un libro. No soy de esas locas que vienen a pintarnos el cuento perfecto, porque seamos sinceras, no vomito corazones ni arcoíris como un maldito filtro de Snapchat. Mi realidad es cruda.

Mi historia no es diferente, ni digna de convertirse en una película de Nicholas Sparks. Trata de lo que somos, de lo que queremos ser, de lo que aspiramos, pero sobre todo de la inseguridad de las personas.

No soy modelo, ni mucho menos tengo el cabello de un anuncio de Sedal. Solo soy yo, Mía Karakla. Una chica que hace seis años entregó su corazón a alguien que ni siquiera supo que lo tenía. Qué irónico.

¿Cómo diablos das algo que ni sabías que existía en ti?





EL REGRESO

PPPP
AÑO 2017 GGGG

Hace seis años viajé a esta isla, mi lugar favorito en el mundo. Tenía dieciocho cuando lo hice. Mi padre es de ascendencia griega y mi madre de ascendencia guatemalteca, y siempre quisieron darnos lo mejor de los dos mundos. Grecia es un país donde caminaron grandes como Sócrates, Platón, Aristóteles; donde grandes dioses lucharon y vencieron, lugar de Titanes. Donde empezó la democracia. El sitio donde comes gyros, dolmadakias, pulpo y pescado.

Por otra parte, Guatemala, es el lugar habitado por guerreros mayas, el Quetzal, Tecun Human. Donde comemos chuchitos, frijolitos, pepián y platanitos en mole. Donde el tamal se da para Navidad y los fuegos artificiales iluminan a medianoche.

Viví toda mi vida en Guatemala, pero mis padres querían mandarnos a Grecia para aprender griego en algún momento de nuestra niñez. Yo padezco déficit de atención e hiperactividad, por eso mandarme de la nada a vivir con mis tíos sería una dificultad muy grande. Mi papá dice que tengo un carácter de

||





mierda; mamá, que tengo su mismo carácter así que, qué sé yo. El punto es que mi tía no iba a poder conmigo.

En un principio me negaba a venir, pero después de una semana, se había convertido en la mejor decisión tomada por mis padres. Me encantaba este lugar y no quería dejarlo, se había vuelto mi hogar en muy poco tiempo y era como regresar a casa. Algo tan grande me llamaba en este sitio, como si en mi vida pasada hubiese sido aquí y mi alma siguiera apegada a este lugar.

¿Saben qué es caminar en un lugar por primera vez y saborear el deseo de que es tu hogar? Eso es para mí Santorini.

Me bajé del avión, observando por primera vez desde hacía mucho la isla en la que dejé tirado mi corazón. Bien decía mi mejor amiga Andrea que después de ese año nunca recuperaría mi alma. Quizá era verdad, pero eso me pasa por enamorarme de alguien como Alexander Karavas. Mi corazón pertenecía a él en todos los aspectos posibles, y un amor tan fuerte no desaparece, a pesar de que las circunstancias fueron tan diferentes a como habíamos querido, ya saben, típica historia en la que das el corazón y simplemente no se puede.

—Vienes justo a tiempo —dijo uno de mis mejores amigos griegos dándome un gran abrazo.

Su cálida piel morena tocó la mía, éramos como la leche y el chocolate. Él moreno oscuro y yo blanca —no como la nieve— pero sí morena clara. Tomé su mano llevándola a mis labios, hacía dos años que no lo veía. La última vez fue cuando vino a Guatemala a trabajar durante unos meses. Observé el tatuaje en el filo de su mano. Junté mi mano con la suya formando un co-





razón con las dos notas musicales. Él sonrió atrayéndome hacia su pecho para abrazarme con fuerza.

—Te extrañé, mi pequeña idiota —susurró en mi oído.

—Y yo a ti, Malaka.

Soltó una risita apagada al escuchar el insulto griego que tanto me gustaba. Ilias había sido como mi hermano en Grecia y en Guatemala, mi confidente de travesuras e indecencias. La historia de Ilias es mucho más complicada de lo que la hago parecer, pero con todo mi corazón intentaré que entiendan por qué es mi hermano no de sangre, pero sí de corazón.

Tomé mi maleta, caminamos hasta el automóvil que, supongo, había alquilado, o quizá pedido prestado a algún amigo. Esos lujos en Santorini no son para todos, y menos para un joven que acaba de abrir las puertas de su restaurante.

Y así era, Ilias acababa de inaugurar su negocio. Un restaurante que se especializaba en vinos y tapas típicas de Santorini. Estaba ansiosa por conocer VineyArt. Recuerdo cuándo me habló la primera vez del restaurante y la manera en que sus ojos se iluminaban por la anticipación.

—¿A quién diablos le robaste el coche? Espero que no sea el señor de la panadería; ese viejo sí que era agradable —dije recordando al anciano que nos dejaba entrar a las cinco de la mañana cuando estaba empezando a hornear el pan.

Hace seis años regresábamos a casa después de haber pasado toda la noche bebiendo en el bar, ya borrachos y hambrientos; la pizza era el premio que esperábamos cada vez que veíamos el amanecer del lado de las faldas del volcán camino de regreso a Finikia, donde estaba la casa de Ilias y la mía.





Siempre caminábamos hacia una casa en ruinas y veíamos cada amanecer. Nos adentrábamos por el pasto seco hasta llegar a un par de ladrillos que supongo iban a ser una ventana. La casa nunca había sido habitada, la construcción quedó a la mitad después de la muerte del dueño y por peleas de herencia solo eran ruinas.

El sol se ponía como una pelota roja, roja, roja reflejada en el mar de una manera tan mágica que estoy segura era uno de los aspectos que los dioses del Olimpo envidiaban a los humanos. La majestuosidad de ver cada amanecer sin saber que quizá puede ser el último que veas, la sensación de observar las faldas del volcán con el mar infinito a nuestra vista es simplemente hermosa.

—Lo siento, sis. Murió el año pasado. —Su vista estaba fija en la carretera por lo que no podía ver si me estaba gastando una broma.

Instintivamente me llevé las manos a la boca, lamentando la muerte de una de las personas que fue amable conmigo. Era viejo, pero no tan viejo para morir tan pronto, pero si lo pienso... ya pasaron seis años.

—¡Dios, es broma, Mía! Estás a segundos de echarte a llorar, mujer, componte un poco.

—¿Serás idiota! Le tengo cariño al viejo Papandreu.

—¿A él o a sus pizzas? —Le di un golpe en el brazo exigiendo respuesta a mi pregunta. Además, es un Jeep, no es un coche para un viejo—. Es de Alex —dijo sin mirarme a la cara.

Muy pocos lo sabían, pero ese era el hombre que mandó a la mierda mi corazón en lo más profundo del Egeo y jamás lo bus-





có para devolverlo a su lugar. Suspiré internamente recordando lo quebrada que aún estaba por él. Algo está claro, jamás admitiría lo que todavía sentía.

—¡Genial! —dije cargada de sarcasmo, a pesar de que no quería hacerlo.

—¿Seis años y aún no lo superas? —Sus ojos oscuros me fulminaron con la mirada.

No muchos lo sabían, pero Alex y yo jamás perdimos el contacto, nos hablábamos a diario por Skype, adictivo como el elixir de la puta juventud. Tan masoquista como suena, nos manteníamos unidos a pesar de la distancia. Eso no quiere decir que recuperara mi corazón, al contrario, se fue tres veces más al fondo del Egeo.

Ilias era uno de los que lo sabían, me veía cada noche subir y pasar horas y horas encerrada en mi habitación hablando con él. Hasta hace unos meses que desapareció de mi vida sin ninguna explicación.

—¡Ojos en la carretera Iliá mou!¹ No quiero parar en el fondo de la caldera —Observé la ventana, viendo cómo tomábamos altura en la punta del antiguo volcán.

—Jamás dejaría que te pasara algo. ¿Lo sabes?

Sonrió. Claro que lo sabía.

Ilias fue mi vieja historia, una que duró unos días, quizá una semana. En el momento que nos presentaron, la atracción fue

1. En «Iliá mou», el «mou» es utilizado como «mío». Mi Ilias sería la traducción correcta. «Malaka», o «idiota» en griego, puede llegar a ser un insulto más fuerte.





mutua y fuerte. Era como si fuera mi alma gemela y quizá lo era, pero en esta vida no era mi complemento de vida. Estuvimos confundidos quizá uno o dos días; luego, hablando, descubrimos que esa atracción era más de hermanos que otra cosa en concreto. Ilias era ese hermano que siempre quise tener, o quizá no tanto. A veces era un idiota.

—¿Es una promesa?

—No. Tú nunca prometes nada, no crees en las promesas, Mía. Pero te lo estoy asegurando. Voy a cuidarte.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar, aunque no de él específicamente. Necesitaba que Alex me hiciera esa promesa que nunca hizo en un pasado y seguramente jamás haría en el presente.

Soñamos con unicornios e historias de amor, cuando en realidad estas historias están tendidas de un hilo invisible difícil de romper, difícil de cumplir, difícil de mantener.

¿Ven por qué les digo que mi historia es digna de una película de Disney? Si no me creen, sigan leyendo. Les aseguro que cuando sea la hora de morder la manzana, no será precisamente la de Blancanieves, es más como la manzana de la discordia y el pecado de Eva.

Alex había sido mi primer amor, y quizá el único real, y hasta ahora no creo que sepa lo importante que fue en mi vida. Lo veía trabajar en el restaurante de sus tíos junto a sus primos y su hermana. Quería que me hablara de fútbol cuando no entendía absolutamente nada o de los programas de cocina que daban en todo el mundo. Estar a distancia me hacía querer tenerlo junto a mí con más fuerza.





¿Saben lo que es ser la persona más insegura del mundo? Bueno, esa era yo. Después de que regresé de Grecia hace seis años descubrí que estaba en una etapa de depresión. Siempre creí que era por haber dejado a Alex, pero en realidad era mi vacío emocional por cómo me veía, o sea, mi físico.

Subí casi unos nueve kilos en mi viaje. Al regresar empezaron las constantes críticas como «Te fue bien en tu viaje, vienes llenita de amor», «¡Uy, subiste de peso!» o «¿Para cuándo la dieta?».

Esta parte de la historia deben conocerla, ya que no fue fácil llegar hasta donde estoy ahora, un proceso que les iré contando. Le tomé la mano a Ilias, sonriéndole.

—Y bien, ¿qué opinas? —Estiré las manos como si estuviera coqueteando.

—¡No sabes lo que te admiro! ¿Cuántos kilos fueron al final?

—Treinta kilos —dije mordiéndome el labio de la emoción. Ilias era uno que constantemente me decía que bajara de peso, que me sentiría más feliz y libre.

Ustedes dirán «¿Pero qué le pasa? ¿Cómo te dice que bajes de peso?», pero descubrí algo en todo este tiempo: las personas que te lo dicen, normalmente, no lo dicen con mala intención aun cuando no deberían meterse con tu peso.

Normalmente las personas que te alientan o te critican por cómo te ves es porque te quieren y quieren lo mejor para ti. Lamentablemente, estamos mentalizados con que el peso correcto es tan ser flaco como una modelo de Victoria Secret, y que eso es el estúpido llamado *body gold* o «cuerpo ideal» que tanto nos venden. Ese, señoras y señores, no es el cuerpo ideal para





todos. No deberían vender algo así cuando la diversidad de estilos de cuerpo es tan diferente. Yo bajé treinta kilos y nunca seré la modelo de Victoria Secret, ni mucho menos plana porque mi constitución física no se presta para eso, y fue lo que más me costó entender.

Por ahora solo puedo decirte que tengo recorrido un 70% de mi meta de felicidad y constantemente trabajo en mí. Aún falta mucho.

—¡Estás increíble!

Llevaba puesto un mono con un top negro, roto por las rodillas, gafas oscuras y el pelo suelto corto por encima de los hombros. También accesorios dorados y mi típico collar de corazón que siempre usaba. Nunca me había animado a usar top y enseñar parte de mi barriga, hasta hoy.

—Fue todo un proceso. ¡Imagina lo que dirán cuando me vean!

No voy a mentir, cuando bajas de peso te emociona el qué dirán, después quieres restregarle en la cara a todos los que te dijeron en el pasado «gorda» y después te empoderas de nuevo y mandas a todos a la mierda. Es el proceso más hermoso de mandar a todos a la mierda.

No nos damos cuenta, pero criticamos y somos constantes haciéndolo. Si su falda es muy corta, si está enseñando de más, si subió de peso, si bajó de peso. Si estás gorda, o si estás muy flaca; todos en algún momento lo hicimos, pero no sabemos aceptar cuando nos critican a nosotros. Es parte de la vida.

Cada vez estábamos más cerca de Oia, el lugar donde me quedaría durante casi dos meses. En esta época del año apenas





hay turistas y la verdadera razón de mi llegada era terminar un libro que publicaría el próximo año. Para escribir me gustaba alejarme, y más cuando tenía la historia estancada como ahora.

Aún no le ponía nombre, pero narraba la vida de una chica con un don, uno que le ayudaba a conectarse con el universo, energías y habilidad de ver sus vidas pasadas.

Siempre soñé con quedarme en una habitación en la caldera, de nuevo. La única vez que lo hice fue cuando estuve viviendo un mes y medio con Alex. Esta vez también sería en sus casas, pero no específicamente con él. Katerina, la hermana de Alex y su familia en general, tienen varias casas en alquiler Airbnb. Hablé con mi amiga de este retiro de escritura y decidió ser tan linda y darme una casa demasiado accesible para costearme mes y medio.

Les voy a ser sincera, creo que me está cobrando solo el internet porque es extremadamente barato y en una casa como estas el costo es alto para invernar tanto tiempo. Agradecía tanto a los Karavas por el detalle de darme un hogar.

Santorini era un antiguo volcán que explotó hace miles de años. Muchos dicen que era la civilización perdida, la Atlántida. Me encantaba escuchar esa historia en particular, pedía que me la contaran una y otra vez y el mejor amigo de mi padre, Christos, lo hacía sin dudar.

Prometo contarles la historia de Akrotiri, y la antigua Thera. Es fascinante y tengo que admitir desde el fondo de mi corazón que me encanta.

No dejaba de imaginarme cómo debió ser este lugar. El volcán y la civilización que vivía en las faldas. Con tanta isla en los





alrededores, no sé cómo vinieron a parar a las faldas de un volcán. De cualquier modo, el volcán estaba destinado a estallar y matar a miles de personas.

Observé el camino sin volver a hablar con Ilias. El azul del mar se comenzaba a pintar por toda la caldera, las casas color tierra, las vespas intentando pasar a los escasos automóviles y los miles de turistas que se aglomeraban en la orilla de la carretera a tomar fotografías. Pobres idiotas, no saben que la carretera no es nada en comparación de lo que están a punto de ver al entrar a Oía o alguno de los pueblos.

Dicen que la magia no existe, pero al ver esta majestuosidad me debato entre si un hada súper poderosa no creó todo este lugar, colocando un puto polvo de estrellas y volviendo lo imposible en posible.

Estaba nerviosa, no solo por ver mi lugar favorito en todo el mundo mundial, mi inspiración como artista, el lugar que inspiró poemas y libros. Estaba a punto de ver el sitio que creó fantasías en mi cabeza de cuentos. Cerré los ojos, sintiendo el aire caliente pegar en mi piel rumbo a mi segundo verano en Santorini.





MEJOR EL CHOCOLATE

AÑO 2011



¡ Esto está de la puta madre!
Blanco, azul, rosita, marrón, y unas casitas súper viejas medidas en las piedras que daban el aspecto de tener todo nevado. Sonreí, este lugar era el sueño de años viendo fotografías en Google. Saqué mi BlackBerry para tomar una fotografía de las vistas donde había parado Christos, mi papá adoptivo en lo que estaba viviendo en Grecia. Él era el mejor amigo de mi padre y me dio hospedaje en su casa en este año. Su esposa Rainel y él eran grandiosos conmigo. Me estaban prestando su casa en Santorini para el verano. ¡¿Quién hace eso?! Estaré viviendo sola y eso me emociona más que todas las M&M's del mundo.

—Vamos, teníamos que parar —dije viendo a los turistas aglomerados en la carretera, tomando fotografías de la caldera.

—Esos Malakas no saben lo que están a punto de ver, pequeña. Esto no es nada.

—¿Cómo se llama a dónde vamos? —pregunté por cuarta vez en lo que iba de mañana.





—Finikia —dijo señalando un cartel cuando nos estábamos acercando.

Rodeamos la entrada deteniéndonos en un área de estacionamiento. Fruncí el ceño al ver que no entrábamos.

Me llevó dos explicaciones más entender que no entraban coches. Todo se hacía a pie o con el transporte griego, el burro. Observé a un hermoso burro de color negro con correas moradas a lo lejos, parado en un campo con pasto seco sin ninguna sombra cerca de él. En ese momento sentí una lástima enorme y me negué a que lo usáramos. El pobre se veía cansado, no estaba para ponerlo a cargar cosas, al contrario, yo las cargaría por él. ¿Cómo pueden tenerlo bajo el sol de ese modo?

—No vamos a usar el burro —dije en el poco griego que sabía. Yo solo quería ir y abrazarlo.

Le expliqué a Christos que cargaríamos las maletas porque el burro se veía cansado. Él y el chico que nos ayudaba se rieron de mí, pero accedieron a no usarlo. Bajamos las maletas, que pesaban una barbaridad.

A la próxima traigo una maleta que no cueste tanto dinero y la tiro en toda la bendita bajada de piedra. ¡Eran diez malditos minutos caminando en bajada de piedra! No es para nada cómodo, señores.

—¡Nunca saldré de casa! Es mucho que caminar —dije bajando la maleta por tercera vez.

—¿Estás segura de que no quieres ir a conocer Oia? —Christos levantó una ceja, sabiendo mi respuesta.

La casa quedaba en la parte baja del pequeño pueblo. Las calles eran gradas largas que adornaban los estrechos corredos-





res con pequeñas casas al estilo Hobbit, con pequeñas puertas y ventanas aún más pequeñas. Me sentía increíblemente feliz de ir caminando a la casita a pesar de la maleta, era un recorrido hermoso.

—Llegamos —dijo Christos mientras señalaba una casa. Era pequeña de color blanco con una puerta de color azul y una ventanita que parecía de casa de muñecas con un círculo de ramas secas encima de ella.

Un pequeño farol colgaba en la entrada, justo al lado de la puerta. Al entrar, la casa no era más que un túnel. Empezabas en la cocina, si caminabas un poco llegabas a la sala, sin pasar por ninguna división. Los sillones eran de piedra, con cojines de color azul, celeste y turquesa.

Al fondo había una pequeña puerta muy bonita, de color azul como la de la entrada, ahí estaba la habitación, oscura y con una gran cama en medio de base de piedra. Al fondo otra puerta con el baño.

Realmente no había mucha iluminación y si algo sentía en este lugar era la humedad. Una persona claustrofóbica no podría vivir ni de chiste en este sitio. ¿En mi caso? No tendría ningún problema. Estaba enamorada de mi nuevo hogar por los siguientes meses.

—¡Me encanta! —dije emocionada.

—Qué bueno porque durante cuatro meses esta va a ser tu casa.

Me emocionaba de una manera tan modesta vivir sola por cuatro meses en una isla de ensueños. No me lo podía creer. Coloqué mi maleta en la habitación y rogué a mi padre postizo





que me llevara al restaurante de Dimitri Ziani a ver a Ilias y a Giorgos, sus hijos. Eran de mi edad, yo era la mediana.. Giorgos era el mayor, tenía veinte, yo dieciocho e Ilias diecisiete.

Tenía muchas ganas de ir a explorar, de ver a Ilias y su semblante arrogante que tanto me gustaba. ¿Cómo les explico que desearía ser más atractiva para que él me viera como yo quería que lo hiciera? Para él no era más que la hermanita, lo cual apesataba hasta cierto punto.

Comenzamos la tediosa tarea de subir todo lo que bajamos hasta la cuevita, así es como le llamaría a mi nuevo hogar. La cuevita Karakla. Christos me mostró la casa de los Ziani; para mi sorpresa estaba empezando la bajada que tenía que tomar todos los días para ir a trabajar. El problema de esta calle era lo empinado que estaba, aún no terminábamos de subir y ya necesitaba mi inhalador de asma y una muda nueva de ropa por el sudor.

Todavía no podía creer que estaría trabajando en un lugar tan lindo como Santorini. Mis amigas en Guatemala se morirían de la envidia cuando les mandara fotografías. Solo tenía que meterme en MSN y rogar porque alguna estuviera conectada. Si no, optaría por Facebook, aunque aún no lo sé usar muy bien. A veces extraño Hi5, era mucho más sencillo.

Christos decidió que fuéramos en coche, aparcamos en las afueras junto a todos los demás coches y recordé que Oia era como Finikía, un área exclusivamente peatonal.

Finalmente pude ver la caldera. El panorama que tenía frente a mí era como una pintura en óleo de un museo carísimo. El azul del cielo se mezclaba con el azul del mar, decorado con nubes blancas que se pierden con el blanco y azul de las casas que





se ven al fondo. El molino característico que vi en las fotografías aún está fuera de mi vista, eso quiere decir que no estoy cerca aún de ver lo mejor de Oía.

Sonré como un payaso de historia de terror, ese maldito payaso con boca gigante que aterrera, gritando como una diva engreída y saltando como un conejo drogado, todo al mismo tiempo. ¡Qué ridícula escena! Y la estaba representando para todo aquel que pasara cerca de nosotros.

—¡Me encanta, me encanta! —grité una y otra vez.

—¿Qué tal si respiras un poco? —dijo Christos.

—Por ahora no puedo. —Volví a gritar y saltar como una idiota. Estaba emocionada.

El suelo era de mármol, un mármol brillante que hacía que las calles peatonales fueran aún más vistosas y cálidas. Se dice que, en la antigüedad, Santorini era una isla de marinos, las casas altas eran de los capitanes y la parte baja de los tripulantes. En el pasado, muchos barcos se hundieron en las cercanías de la isla y, como es obvio, el mármol que trasladaban fue recuperado, o mejor dicho robado, para la construcción de las calles. Es por eso por lo que las calles peatonales en su mayoría son de mármol.

Estirando mi espalda, como si fuera la bendita reina de Inglaterra, comencé a caminar por esas calles, dejándole claro a todo aquel que se me cruzara que dominaría esa isla, al menos en mi mente.

—Este es el café —dijo Christos señalando un pequeño local con vistas a la caldera—. Skiza.

—¿De los Ziani? —pregunté feliz de ver a Ilias.





—Sí, de los Ziani. Entra, Dimitri tiene que estar por aquí.

Bajé dos escalones mientras veía cómo un pequeño corredor daba apertura al área del restaurante. A la izquierda había una heladera con helados de distintos sabores que nunca siquiera vi.

¡Las mesas pequeñas eran de película y las personas hablando en ellas con el café frío y el cigarro lo hacían tan griego...! Anonadada en mis pensamientos, sentí unas manos rodear mi cintura. Me di la vuelta y vi a Ilias sostenerme de la cintura. Mi corazón estaba tres metros sobre el cielo, y no lo digo por la película protagonizada por Mario Casas, lo digo porque literalmente este salió disparado a la mierda y difícilmente lo podría recuperar.

—¡Hola, Iliá Mou! —dije abalanzándome a sus brazos, dejando que besara mis mejillas. Un beso en cada una, sus labios tan cálidos y deliciosos.

Aún recuerdo la atracción que sentimos el primer día. A veces estaba presente, pero la reprimíamos bastante. Era como mi hermano, o al menos esa estupidez nos dicen.

—¡Agapi mou! —dijo con dulzura—. ¿Cómo estás?

Él no lo sabía, pero cada vez que me decía «agapi», que es amor en griego, me derretía. Esta cosa que teníamos entre nosotros era una sensación rara, demasiado rara. Él nunca lo iba a admitir, pero creo que en el fondo le gusto, o mi cabeza una vez más quiere creerlo.

—¡Giorgos! —gritó Ilias.

Giorgos se levantó de una de las mesas cerca del balcón. Venía con los brazos abiertos y el cigarro en los dedos de la





mano izquierda. Su sonrisa tan africana era un poema digno de observar.

—Te veo y no me lo creo. ¡Bienvenida!

—¡Ni me lo digas! ¡Ni yo me lo creo!

Este asintió señalando a su mesa.

—Te presentaré a unos amigos.

Caminamos a la mesa donde estaban sentados, todos fumando un cigarro mientras tomaban café. El fumar formaba parte de la rutina griega. De cada diez personas quizá nueve fumaban.

Recuerdo los primeros días en Atenas, era enero en aquella época fría de invierno. Los restaurantes mantenían sus puertas cerradas con calefacción para conseguir un ambiente agradable dentro de sus negocios. Pero eso no era un factor para que las personas dejaran de fumar. El humo se acumulaba en estos pequeños espacios provocándome una desesperación impresionante de tal grado que prefería salir al frío invierno a que la nariz se me congelara a estar en el infierno lleno de humo.

—Él es Procopi —comenzó Giorgos —, Stavros, Ioanis, Andreas y Alexander.

Observé a los chicos, muy típicos griegos. Procopi era blanco, con su cabello negro, alto como un palo. Stavros, el más loco de todos, tenía rastas, un arete en la nariz y unos ojos azules preciosos. Ioanis y Andreas eran aquellos polos opuestos, Ioanis alto como un palo al igual que Procopi y Andreas bajo con los ojos grises, mejor formado y marcado en cuerpo.

El espécimen del lado fue el que captó mi atención. Era flaco, blanco sin una pizca de bronceado, tenía una gorra verde y





unas gafas que tapaban la mitad de su cara. Algo en él me resultaba más atractivo que todos los demás y eso que no podía verle la cara.

—¡Jarika! —dije, utilizando el poco griego que sabía. Jarika era la palabra que aprendí el primer día: «Mucho gusto». Todos me lo decían como si realmente fuera un gusto conocer a alguien de Guatemala. La mitad de las personas incluso creía que Guatemala era o parte de México o parte de Portugal. Lo de México lo entendía, ¿pero Portugal? Cero educación geográfica.

La mayoría se pusieron de pie, saludándome con dos besos en la mejilla, todos excepto el tío con gorra y gafas. Normalmente no me gustaba el contacto físico, pero en Grecia era algo normal, sobre todo con los viejos que creían que mis mejillas eran la última moda para jugar con ellos.

En ese momento giré para ver al chico de la gorra; estaba intentando recordar su nombre, bendito y guapo, sacado de los dioses del Olimpo, y no me había saludado como el resto. ¿Por qué no me besa las mejillas? A él lo dejo que me salude todo lo que quiera.

—¿Tomas algo? —preguntó Ilias acercándose a mí con su cara de niño bueno con descendencia etíope.

—No lo sé, ¿qué suelen tomar que no sea café? —pregunté refiriéndome a todos en la mesa.

—Tráele zumo de naranja —respondió Giorgos. Todos asintieron en respuesta, pero en mi interior hubiera preferido un chocolate frío o algo menos sano que zumo. De ahí vienen mis caderas grandes, de la falta de cosas sanas. Viéndolo desde ese punto de vista, el zumo sonaba como una buena idea. Todas las





mujeres eran muy delgadas y yo, bueno, parecía la subida del puerto de Thira, lleno de curvas peligrosas.

Soñaba con tener esos cuerpos de modelo de cine, pero al mismo tiempo soy más latina que griega y las caderas vienen con el paquete completo. Si les soy muy sincera, me afecta sobremedida eso, me da inseguridad no ser una chica delgada, pero ¿qué puedo hacer? Esto es lo que soy.

No, no era feliz con mi cuerpo, pero me mentalizaba de que todo estaba bien. En Guatemala era la amiga a la que nadie echaba cuentas la gordita. Siempre oculté mi inseguridad bajo mi buen humor, pero dolía como un demonio. ¿Ustedes me entienden?

Cuando el zumo llegó a mi mesa lo observé extrañada. La pulpa aún se podía ver, como si fuera totalmente fresco y recién exprimido. Le di un sorbo dándome cuenta de que en efecto era así, zumo de naranja recién sacado del puto árbol, o del puto bote de supermercado, pero con pulpa.

—El chocolate frío es muy bueno —dijo Alexander, el chico de la gorra. Estaba sentado a mi lado. Aún no podía ver sus ojos, pero mi respiración ya se cortaba por anticipado.

—¿Es bueno?

—Mejor que el zumo —me brindó una sonrisa de medio lado que ocasionó estragos en mi interior.

¡Tenía acento inglés! ¡Santa madre de todos los dioses griegos! No había un acento más sexy que el de un inglés, y este hombre a mi lado tiene un perfecto acento a pesar de ser griego.

¡Llaman a la guardia civil! Creo que estoy a punto de cometer el crimen de besar a este hombre en contra de su voluntad.





Por ley sabemos que los europeos tienen influencia en el inglés de Inglaterra y los latinos, para nuestra pésima suerte, tenemos a Gringolandia con su inglés sin gracia.

Tenía que verle los ojos.

—¿Puedo ver tus gafas? —pregunté, rogando que mi voz no sonara como si le pidiera que se quitara la ropa también.

—Claro —los retiró revelando unos profundos ojos color miel muy parecidos a los míos; tenía ojeras, como si hubiera festejado toda la noche. Era lindo, demasiado lindo. Sentía mi vida caerse por la caldera como una novela mexicana mezclada con colombiana.

Se los devolví cuando Ilias llegó a la mesa, quitándose el mandil negro que colgaba de su cintura. Este se sentó al lado opuesto de la mesa. Nuestros ojos se encontraron mandando todo tipo de señales a mi estómago. Estaba confundida porque Ilias cada vez perdía más mi interés. Teníamos este juego de coquetear entre nosotros, como si fuéramos animales en celo. Todos lo notaban, pero nosotros siempre decíamos que no.

Observé una vez más a Alexander. Su gorra, sus gafas y la postura relajada que tenía al beber su café frío. Quizá no volvería a hablarle, quizá nos volveríamos amigos, quién sabe. Solo sabía que, en definitiva, disfrutaría este verano. Mi primer verano en Santorini.

Ahora solo rogaba porque todo saliera como lo había imaginado.





LA ÚLTIMA NEURONA

AÑO 2017 

Sentada en el nuevo restaurante de Ilias Ziani me puse a pensar en todo lo que había cambiado en la isla. Seguía siendo la que conocí en un pasado, un majestuoso pedazo de tierra con gente increíble. Pero nada era igual, la gente se había transformado y podía notarlo desde el primer momento.

La mitad de ellos ya no estaban en la isla, la otra mitad ya no iban a la universidad y trabajaban de fijo en los negocios familiares. Hace seis años tenía un trabajo en Oía en el que pasaba mi tiempo. Ahora... ahora tenía mi computadora para escribir y tres libros que debían alcanzarme para los dos meses que estaría aquí, no sé cómo funcionaría eso, pero aquí estaba rogando porque fueran suficientes, si no siempre tendría las buenas historias de Wattpad.

—¿Más agua? —preguntó Ilias, levantando la botella frente a mí.

Las gotas de humedad bajaban por el vidrio llenándome de frescura con solo verlo. Con el maldito calor de cuarenta grados el agua congelada era lo único que mi ser necesitaba.





—Deja la jarra. Este calor va a matar hasta mi última neurona.

—¿Aún tienes? —dijo con una sonrisa en la cara.

—Serás idiota —susurré. Cogí mi vaso para darle un trago de agua bastante largo.

Me crucé de piernas mirando mi pantalón de tela blanco. Me gustaría poder usar esos vestidos cortos o al menos un pantalón corto bonito, pero mis inseguridades me impedían poder ser libre con mi ropa. Casi nunca enseñaba las piernas, ahora más que antes, no porque no quisiera, pero tenía un problema en la piel me impedía hacerlo con libertad. Aun así, debo admitir que haber bajado de peso me daba la libertad de usar ropa un tanto más abierta y sexy que antes. Mis estilos cambiaron muchísimo, ahora en definitiva tengo más libertades.

—¿No vas a la playa? —dijo riéndose de mí. ¡Maldito! Ni de loca iba a caminar a la playa a morir del calor. Tampoco usaba traje de baño a menos que quisiera parecer la ballena Willy.

—¿Quieres ver ballenas en el Egeo? —dije mándandole una mala mirada.

—Te puedo liberar —dijo aprisionando mis manos antes que le pudiera pegar.

—Sí, claro. ¡Que me liberen! —grité.

—Ti malaka ise —dijo en su peculiar griego refiriéndose a «que idiota eres».

—Y perfeccionada. —Sonreí mostrándole los dientes recién blanqueados. Me había preparado psicológica y mentalmente para este viaje y estaba más que lista. Nunca tuve las fotos que quería para enseñar Santorini y las quería. Le temía sobremane-





ra a salir en fotografías, así que la primera terapia que realicé fue tomarme fotografías y subirlas a mi Instagram.

Alex nunca me hizo sentir mal con mi peso; al contrario, me hacía ser la mujer más sexy del universo, y quería sentirme en físico como él me hizo sentir siempre por dentro. Quizá jamás lo sepa, pero... salvó mi vida y ni siquiera lo supo.

Pensaba en arrancarme la vida, las constantes críticas por un peso eran estúpidas. Mis amigos, mi familia, sobre todo la gente que ni siquiera me conocía me criticaba siempre. Me quebraba el corazón cada vez que alguien me llamaba gorda o algún apodo por el estilo.

Llegaba a casa con ganas de dormir y no levantarme más y de pronto allí estaba esa llamada por Skype que me abría los ojos y me decía lo linda que estaba. Sí, no lo sabe, pero salvó mi vida.

Soltó mis manos, caminando de regreso al bar para seguir atendiendo a la gente que llegaba a tomar café frío o a comer alguna de las delicias que había en este lugar. Ilias era un excelente cocinero y Giorgos, su hermano, el mejor barman. Buena combinación.

—¡Mia! —escuché un grito a mi espalda. Me di media vuelta para ver a Katerina —la prima de Alexander— entrar corriendo en mi dirección. Me puse de pie para recibirla. La abracé sintiendo el cariño de una amiga, era raro recibir tanto cariño ya que estaba acostumbrada a la frialdad. En Guatemala tienes lo que das y no estaba esparciendo amor a casi nadie; desde que bajé de peso me había vuelto un poco más cariñosa de lo normal. ¿Por qué? No lo sé.





—¡Kat! —estaba emocionada por verla y, gracias a los cielos eternos, ella no era nada parecida a Alexander. Su cabello castaño claro lo llevaba despeinado, su rostro limpio sin una gota de maquillaje como era costumbre y con una piel de porcelana.

—Tardaste seis años, eso es demasiado. ¿Cuál es tu problema?

—Deja de alegar y cuéntame las nuevas de tu vida.

Kat sonrió tomando una silla, sentándose frente a mí. Comenzó a contar cómo habían conocidos a unos ingleses que pertenecían a una élite o secta rara, algo por el estilo. Estaba triste porque había estado con uno durante dos días, él tenía cáncer y acababa de dejar el mundo para unirse al universo.

Conocía a Kat y sabía que el chico había dejado algún tipo de impresión en ella, si no jamás me lo hubiera contado. Según me cuenta Kat, Lui era un chico estupendo que soñaba con venir a Santorini antes de morir, lo logró y eso era bueno.

—Pero no creas —dijo acercándose más—. Con ellos venía un chico llamado William, Alex y él se hicieron muy amigos hasta tal punto que notó que cambió muchísimo después. No tengo ni idea sobre qué hablaron, pero Alex cambió.

—¿Ahora es romántico? —dije un tanto pensativa y en tono de broma.

—¿Alex romántico? —Kat soltó una risita estúpida mientras negaba con la cabeza—. No después de ti, y lo sabes. Bueno, ahora se mantiene encerrado en su mundo.

Entrecerré los ojos pensando, aún con la sonrisa en la cara. Una de las razones por las que regresé a Santorini era él. Alex y yo, a pesar de la distancia, conservábamos un vínculo demasia-





do fuerte. Como si nuestro amor viniera de vidas pasadas que no dejaban de juntarnos.

Los dos éramos fríos en la vida real, pero juntos olvidábamos eso y transformábamos todo lo negativo en positivo. Era extraño porque era la primera vez en mi vida que me sentía de este modo con alguien. Y me encantaba.

Hablábamos durante horas y horas por teléfono, yo en Guatemala y él en Inglaterra cuando iba a la universidad y luego en Santorini cuando venía a trabajar. Los años pasaron y, en lugar de dejarnos ir, siempre soñaba con regresar a este lugar por él.

Decidí volver al lugar donde todo empezó porque debía cerrar este vínculo que sentía o volverlo a intentar. Cualquiera de las dos, debía hacerlo. Quería saber si lo que sentíamos era solo una ilusión o era real.

Suspiré. Pensar en Alex era complicado y me ponía nerviosa. Tenía que cambiar de tema.

—Cuéntame más acerca de Lui —dije colocando los codos en la mesa.

—Ya sabes, era un alma libre. Bastante contagioso de buena vibra. El tío iba a morir y, aun así, le sacaba la mejor sonrisa a cualquiera, incluso Alex mostró tristeza cuando lo supo.

—Eso es vivir bien. Y me alegra saber que Alex muestre interés por alguien más. —Sé que no debería de hablar de él, pero las ganas me estaban matando por saber más.

—Ni que lo digas. Jamás lo habíamos visto con novia, pero es bastante... interesante. Bueno, no después de ti, ya sabes.

¿Novia? ¡¿Qué?! Sonreí intentando disimular. Mi respiración se volvió nula al igual que mi estómago desapareció en segun-





dos. ¡Soy una idiota! No, un momento. Él es un idiota por no habérmelo dicho.

Respiré profundamente unos segundos.

Dicen que cuando uno no cierra los capítulos en las relaciones amorosas jamás se deja ir a la persona. Y solo Dios sabe que necesito dejarlo ir. Más ahora que sé que él avanza con su vida y yo sigo viniendo a buscarlo. ¡Seré idiota!

—Imagino que es bastante interesante —le regalé mi mejor sonrisa, fingiendo que mi corazón no estaba palpitando cada vez más lento cerca del punto de romperse en pedazos.

¿Me estará dando un ataque de corazón? Me llevé la mano para sentirlo hacer su regular bum, bum, bum. No iba a morir. Al menos no ahora.

—Totalmente. ¿Qué hay de ti? —preguntó haciéndole señas a Ilias para que le llevara un café frío.

Quería decirle, no mucho. «Desde que nos vimos la única persona que me mueve el mundo es tu primo». «Sí, por cierto, Kat, nunca lo superé». Irónico, pero en cierto modo era cierto. ¡Maldito el momento en el que él se fijó en mí!

Soy una idiota, definitivamente cómo se me pudo ocurrir que él iba a esperarme y estar ahí para mí todo este tiempo. En las veces que hablamos jamás dijo nada. Al contrario, seguía hablando de nosotros como si aún fuera algo crucial en la vida de ambos.

—No hay historia que contar, no tengo un gran amor en Guatemala, es más, mi tipo de hombre no es el latino para mi maldita suerte—dije pensando en todos los griegos que había visto y me habían gustado, incluyendo el que me dio su Facebook hacía dos días en el bar de Atenas.





Creo que está decidido: ¡me mudo a Europa! Al parecer tampoco soy el tipo latino, pero sí el europeo, si no pregúntele a mi Tinder. Paso de estar vacío sin gente a estar lleno en cuatro días.

—Eres griega, ¿qué esperabas? Está en tus raíces. Por cierto —me hizo señas de mi cuerpo— bajaste muchísimo de peso. Estás espectacular.

Me llevé las manos a la cara antes de estirarlas y reír de felicidad. Sí, allí estaba mi seguridad en su máximo esplendor.

—Eres toda una griega —dijo Ilias riendo por nuestra conversación—. Como sus gustos en todos los sentidos.

¡Malditas raíces! Por qué no pude heredar los gustos latinos. Los guatemaltecos tampoco eran tan mal parecidos, como en todo el mundo hay bonitos y desarreglados. Pero yo seguía sin encontrar uno al que ponerle el ojo.

Y de verdad, a pesar de que bajé de peso seguía sin conseguir ni una sola cita, es como si no le gustara a nadie en Guatemala. Lo cual era bastante triste. Para una chica de mi edad no era nada cool no tener ni una cita.

Hablamos de la vida durante una hora. Lograba conectar con ella de una manera muy fácil y rápida, como si el tiempo no pasara a pesar de que no la veía tanto. Bueno, ahora sí que la veía en Instagram y agradecía a las redes sociales por darme un poco de conexión con todo el mundo.

Estaba feliz de que fuera su día libre, eso me permitía tenerla por un buen rato sentada y tranquila, de no ser así estaría de arriba abajo sin parar. Santorini era una isla ocupada, siempre lo fue. Llena de turistas. Lo bueno de estar terminan-





do temporada turística es que había mucha menos gente que en época alta.

Mi verano hace seis años fue sencillo. Pasaba desapercibida como si fuera un ser invisible, o al menos eso creía hasta que comencé a hablar con Kat, y las gemelas Ioriu. Desde el primer día estaba embobada con el primo de Katerina, Alexander. El problema es que Alexander me costó un corazón y la mitad del otro. Se lo entregué todo y no devolvió nada.

—Bueno, ¿tenemos que ir por tus cosas? —preguntó Kat poniéndose de pie.

Así es, el Airbnb que alquilé por un mes era de ella y su familia. Estaba nerviosa de que pensarán que era solo por Alex cuando en realidad era porque me parecían las casas más lindas de la tierra. Más la que acababa de alquilar.

Sonré emocionada. ¡Claro que quería ir! Quería ir a colocar mis cosas en mi nueva casita, quería salir al balcón a tomar el sol, quería sentarme horas y horas a escribir y sobre todo quería llorar porque Alex tenía novia.

El maldito latido de corazón comenzó de nuevo a ser punzante.

Aun así, tomamos las maletas con la ayuda de Ilias y caminamos en dirección al castillo.





BIENVENIDOS A OIA

AÑO 2011

Al cabo de unos días ya tenía la casa lista, mi ropa doblada en su lugar, y la primera compra de cosas básicas completada. Sobre todo, con cosas «chatarra». La cocina no era lo mío por lo que tenía que ver qué iba a hacer durante este tiempo para ingeniármelas.

Ayer otros de los amigos de mi padre se juntaron a cenar, e Ilias y yo estábamos como de costumbre con viejos comiendo. Pedí un mega pedazo de carne y todos los demás, pescado. ¿Algún día me animaré a comer marisco?

Otro de los amigos de mi padre me ofreció trabajo en su tienda de curiosidades. Vendían cosas de todo el mundo. Aretes, artesanías, bolas para la buena suerte pintadas a mano, cuadros, amuletos, entre otras cosas. Estaba fascinada con todo lo que había dentro de esta pequeña tienda.

Como ya sabrán acepté sin pensarlo, necesitaba el trabajo para encontrar un poco de independencia en este mundo tan loco al que me estaba metiendo.





¿Lo malo de empezar a trabajar? Mi mejor amiga venía hoy a Santorini y yo tendría que estar trabajando la mitad del tiempo. Eso no estaba en mi plan cuando planeamos su venida, pero ya saben, uno debe de ser responsable con sus decisiones.

Aceleré la motocicleta de cuatro ruedas que había alquilado para estos días. Tenía que sacar mis papeles para poder trabajar y luego ir por Andrea al puerto. Vendría a verme una semana y eso me tenía como loca de la emoción.

Estacioné en las afueras del pueblo de Thira, entrando a las callecitas de piedra. La cola de gente era corta y agradecí que el proceso fuera rápido. El calor estaba siendo insoportable y eso me tenía aburrida. Las altas temperaturas no eran para mí, definitivamente. Ahora que lo pienso el frío tampoco. Qué extraño. No era ni de calor ni frío. ¡Maldición!

Si lo pensamos un poco, Guatemala es un país tropical, es decir, no hay tanto frío, ni tanto calor. No tenemos estaciones marcadas y en sí es un clima bastante cómodo.

Tardé aproximadamente dos horas en sacar todo y aun así tendría que volver mañana. Me gustaría decir que no me importaba hacer colas en un país extranjero y que me emocionaba estar en este lugar, pero... seamos sinceros: ¡a nadie le gusta estar en colas! Mucho menos perder dos horas de vida. Era como el tráfico en Guatemala, cada vez está más insoportable y dejas tu vida dentro de un coche. Nada es fácil y todo es un dolor de ovarios.

¿Por qué vivir con sencillez si se puede vivir complicado? Creo ese es el lema de todo mundo.





Bajé al puerto, observando una vez más la majestuosa caldera. Ver los barcos enormes parados en la orilla era más que extraordinario. Pero ver la reacción de las personas al bajar los barcos era la verdadera aventura. Ojos abiertos llenos de sorpresa, personas abrazándose después de años o meses de no verse, parejas besándose como si hubieran llegado a la isla prometida y sobre todo turistas que buscaban desesperadamente el bus para subir al antiguo volcán y buscar su hotel para empezar la aventura romántica que querían tener. La mayoría venía a eso, a disfrutar de una luna de miel, de una salida con la pareja y una visita romántica.

Busqué con desesperación entre la gente. Andrea estaría pronto conmigo y eso era demasiado para mi existencia. Llevaba seis meses sin ver a nadie de Guatemala y que ella viniera solo por el placer de mi compañía era un plus de amistad extra genial. Era extraño cómo habíamos pasado todos estos años juntas en el instituto y ahora vivíamos lejos la una de la otra.

—¡Mía! —Escuché un grito. Miré por todos lados centrándome en la marea de gente sin ver aún a mi amiga.

Me paré en una elevación en concreto que usan para amarrar los barcos, y me puse la mano en las cejas como si fuera marinera, lo cual era algo tonto porque ponerme la mano en la ceja no iba a ayudar en absolutamente nada.

—¡No te veo! —grité esperando que pudiera escucharme.

—Claro que no. ¡Estoy detrás! —gritó justo a mi lado.

Gritamos emocionadas como niñas locas abrazándonos. Tenía lágrimas de felicidad en los ojos, de verdad que extrañaba





lo conocido. Vi la maleta que estaba arrastrando, era grande y pesada. ¿Lo peor? Yo decidí venir en una motocicleta de cuatro ruedas a traerla. Definitivamente no pensé en ese detalle.

—Bueno, tendrás que llevar la maleta en tus piernas —señalé la motocicleta de cuatro; Andrea abrió mucho los ojos sorprendida.

—Me tienes que estar jodiendo —negó con la cabeza.

Le di un empujón antes de que nos acomodáramos. La subida fue crítica. Sentí que no llegábamos a la parte superior de la caldera. Como era de esperar, Andrea estaba como loca viéndolo todo y quejándose del calor. Nos echamos un par de fotografías donde la mitad de los turistas paraban a tomarse la primera fotografía. Ese lugar que ahora me parecía poco espectacular después de ver las pequeñas calles de Oia.

La motocicleta empezó a fallar un poco, apagándose por completo al momento de colocarme a la orilla de la carretera para no interrumpir el paso a nadie. ¡Mierda! Intenté arrancar una vez más, pero ni siquiera hacía un poco por arrancar. Sentí la mirada de Andrea taladrarme la cabeza.

Cerré los ojos sabiendo lo que había pasado, ella sabía de mecánica y ese apagón podía significar solo una cosa.

—No revisaste el depósito, ¿verdad?

¡Tenía que pasarme con ella!

Andrea siempre fue como mi madre y ahora estaba corroborando mi usual dejadez. Dejé caer la cabeza en el timón un poco frustrada pero no pude evitar comenzar a reír; que más daba, ya no podía hacer nada. Había olvidado llenar el depósito y la subida había matado lo poco que tenía.





—¡Voy a matarte, Karakla!

—¡Lo siento! ¡No fue mi culpa!

—¿Y entonces de quién es? ¿Del burro que pasamos hace dos minutos? Sí, seguro que él se quedó con la gasolina.

Sentí cómo daba un golpe a mi espalda y volvía a estallar en risas. No podía evitar no hacerlo. De verdad lo sentía, pero jamás imaginé quedarme sin gasolina tan rápido. Comencé a pensar qué diablos iba a hacer en medio de la nada, sin una gota de sombra. El calor era insoportable y seguro que la mujer que me miraba con cara de odio iba a matarme antes de que tuviera una solución.

Estábamos en la parte alta de la caldera, en medio de la nada, lejos de algún pueblo. Solo había carretera, calor, y nada de sombra. Comencé a pensar en caminar hasta encontrar la gasolinera; era un largo recorrido, pero no tenía otra opción. Me bajé de la motocicleta observando mi alrededor. Esto iba a estar de la puta madre.

Me despedí de Andrea con la mano, tirándole un beso de la manera más irónica y dramática del mundo y recibiendo su dedo de en medio con emoción. Ella podía ser muy dulce cuando se lo proponía. Me tapé la boca como si me sorprendiera mientras caminaba sin mirar atrás. Andrea me hizo señas antes de gritar:

—¡Cuidado!

Me di la vuelta y el automóvil paró exactamente a milímetros de mí. Mi corazón palpitaba estúpidamente a mil por hora. Respiré hondo, mientras sentía cómo mis pulmones buscaban aire. ¡Joder! Me daría un ataque de asma dentro de poco por el





susto y no tenía mi inhalador conmigo. Negué con la cabeza sintiendo cómo mis piernas flaqueaban.

El chico al volante se bajó con estilo, quitándose la gorra para colocársela otra vez viendo para atrás. Se quitó las gafas con maestría mostrando sus ojos color miel. Mi corazón se aceleró diez veces más de lo normal. ¡Joder!

—Fue demasiada la tentación para no asustarte —dijo dándome una sonrisa.

—¡Estás loco! —contesté pegándole un golpe al coche como si de verdad estuviera molesta—. ¡Alexander, casi me matas!

—¿Qué haces en mitad de la calle media calle? —Desvió su vista para ver detrás de mí. Seguro que estaba viendo la mala cara de mi amiga—. ¿Te quedaste sin gasolina?

—No, para nada —dije con ironía—. Solo estamos observando las vistas.

Asintió con saludando con la cabeza, mi amiga le devolvió el saludo en la distancia. Alexander regresó a su coche y lo puso en marcha. Andrea me pegó un grito y mi reacción fue tardía, se alejó a toda velocidad. Hice señas al mismo tiempo que él ponía el pie en el freno haciendo que las llantas sonaran como en las películas.

Lo vi retroceder riendo, como si esto hubiera sido un puto juego. Casi muero del susto, si se iba de verdad Andrea me mataría tres veces más.

—Dame la maleta —dijo caminando en dirección a ella.

—Por un minuto pensé que nos dejarías —dijo mi amiga traicionera con una mirada suplicante.





—¿A ti? No lo haría, eres una preciosura. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Eso depende de lo bien que lo pasemos —Lo miró pícaramente pícaro antes de subir al auto. La muy perra estaba coqueteando con él. No la culpo, Alexander esta para comérselo vivo.

Sonréi pensando en cómo sería besarlo, o salir con él. Me gustaba y me gustaba mucho.

—Gracias, Alex —dije pasando a su lado—. ¿Qué hago con la moto?

—Iremos a dejar a tu amiga para que pueda refrescarse, parece que está a segundos de matarte. Después, traeremos gasolina, a Giorgos, y regresaremos a por ella.

—Si la dejo aquí no le pasará nada. —Me encogí de brazos pensando en Guatemala y lo imposible que sería dejar algo a la intemperie sin que lo robaran.

—¿Quién se la va a llevar? No tiene ni siquiera gasolina.

Asentí con la cabeza antes de subirme en la parte trasera del automóvil. Alexander se fue hablando con Andrea de todo lo que se movía y no se movía en la tierra. El interés de Alex era inmenso y un celo horrible se empezaba a formar en mi estómago. Él me gustaba y no había mostrado ningún interés en mí. Es más, nunca lo había hecho.

¡Genial!

Dejamos a Andrea en el apartamento. No tardó en acomodarse en mi cama y caer rendida; había sido un vuelo directo desde Miami hasta Santorini por lo que eran horas de avión y horas de barco. Roncaba de manera exagerada y yo esta-





ba feliz de tener a Alex para mí unos momentos. El cambio de horario le estaba pegando duro. Nueve horas de diferencia eran bastantes y catorce horas de vuelo no eran una cosa sencilla. Necesitaba descansar un poco para la noche que nos esperaba.

—Agapi mou —dijo Ilias subiéndose al carro.

¡Carajo! Se supone que sería Giorgos el que vendría con nosotros, no Ilias.

Estaba nerviosa, muy, muy, muy nerviosa. Me tomó la mano besando mi piel, mandando ondas de calor por todo mi cuerpo. Era como la crónica de una muerte anunciada, sabes que no pasará nada y aun así el tipo irradia erotismo por mil. Si ustedes estuvieran conmigo dentro de este coche se darían cuenta de que mi corazón latía a tope por culpa de estos dos hombres.

¡Joder!

Pasamos a la gasolinera, compramos un bote que llenamos de gasolina y nos dirigimos a la motocicleta morada que dejé tirada a mitad del camino.

La única conversación que tuvimos fueron las burlas de los dos chicos a mi persona. Hablaban en griego mezclado con inglés. Decían ciertas cosas en inglés y otras en griego. Lo bueno es que fui capaz de cazar todas ellas al vuelo. Me sentía un poco apenada, pero la verdad, no era para tanto. Era una escena bastante graciosa por lo que me uní a las burlas. Eso de la auto burla era mi pan de cada día.

—Me la llevo yo —dijo Ilias antes de dirigirme una mirada—. Súbete. Gracias, Karavas, te lo agradezco.





Sonreí un poco más tranquila de dejar a Alex. No sé por qué razón la presencia de este hombre me pone bastante nerviosa, es como si lo conociera de toda una vida, fuera mi enamorado y fuera a tener una cita con él por primera vez.

—No, Mía irá conmigo a tomar un café —respondió Alex bastante tranquilo.

¡No! ¿Qué café? ¡Esto no puede ser! ¡Dios! ¿Y de qué vamos a hablar?

Las burbujitas se hicieron presentes en mi estómago ocasionando estragos bastante notables, tan notables que estaba a punto de vomitar la gasolina que me faltó en el tanque.

—Tengo que...

Empecé a pronunciar, pero la cercanía de Alex hizo que dejara de hablar inmediatamente. Su aroma a Armani era un poema perfecto que se sentía de lejos lejanía por el sudor de su piel. Aun así, su aroma personal era fresco y diferente. ¿Por qué me estaba llamando la atención su aroma? ¡Debería sentir asco!

—Es solo un café y unas tortitas, Mía, ¿vienes?

El desayuno sonó demasiado tentador. No el café, por supuesto, pero sí tener una cita con un griego como Alexander. Sonreí y asentí con la cabeza. No fue mi mente la que tomó la decisión, fue mi alma que se conectaba con la de él de una manera tan loca. Una conexión muy fuerte que gritaba que necesitaba estar ahí en ese momento.

Quizá mi bruja interna estaba percibiendo todas las señales correctas y me decía que quizá en una vida pasada ya lo conocía. Esta conexión que sentía era extrema.





—Nos vemos —dije a un muy confundido Ilias.

Ilias era algo posesivo y un tanto dominante. Una parte nuestra creía gustarse, pero estaba segura de que entre Ilias y yo no había más que una extraña amistad que coqueteaba de vez en cuando.

—Sí, claro. Como sea —respondió subiéndose a la motocicleta de cuatro—. Usaré la moto para ir a trabajar. —Me tiró un beso algo sonoro antes de alejarse.

Bastardo. Siempre me quitaba la moto y la había alquilado para las primeras dos semanas.

—¿Subes? —me preguntó Alex con la puerta abierta.

¿Que si subía? ¡Dioses del Olimpo! Claro que iba a subir.





DE UNA VIDA A OTRA

AÑO 2017 

E stábamos justo debajo de la iglesia de San Nicolás, con la vista a la caldera. Kat abrió una pequeña puerta blanca con dos graditas para entrar a la casa. Ella había insistido en que tenía otras tres casas más grandes, pero yo había quedado completamente enamorada de la ventana semi circular que daba a la caldera desde la cama.

Tenía un pequeño armario, bastante pequeño, el baño era amplio, justo como lo necesitaba, la cocina con hornillas para cocinar, una pequeña nevera, platos y todos los utensilios de cocina. Un pequeño sillón frente a una mesa blanca con dos sillas, una repisa con libros y por supuesto la cama matrimonial con un edredón blanco y almohadas de pluma.

Vi a Kat sonreír antes de abrir las puertas del balcón. Salí junto a Ilias para ver lo majestuoso que era. Una pequeña mesa con dos sillas; ahí es exactamente donde me veía trabajar por horas en mi nuevo libro.





—Perfecto —susurré.

—Espero que te guste —dijo sentándose en la orilla. Su vestido gris resaltaba lo blanca de su piel, una piel tersa y muy inglesa.

—No tengo palabras para expresar mi agradecimiento. Díle a tus padres... —comencé a decir, pero ella me paró en seco.

—Se lo dices tu más tarde.

—¿Vamos a Lotza o qué?

—Yo tengo que regresar a Vineyard —dijo Ilias dándome un beso muy lento en la mejilla.

Había cosas que jamás iban a cambiar, la sensualidad de este hombre y la manera de ser mi hermano, pero también ser un puto seductor.

—Os veo más tarde —dijo levantando la mano para despedirse de Kat.

—Este lugar es un maldito paraíso —dije sujetándome la cara con las manos.

—Es tu casa durante dos meses, disfruta de ella.

Y como un carajo que iba a hacerlo.

Bajé el último escalón antes de toparme con la entrada del restaurante Lotza. Este restaurante me traía más recuerdos que una vida entera, pasé cuatro meses dentro de este lugar. Meses que jamás olvidaría en lo más profundo de mi corazón.

Suspiré con melancolía recordando todas esas veces que entré a través de esta misma puerta, sintiendo las mismas mariposas que están rondando mi estómago en estos momentos.





La entrada a Lotza era la misma con unos cuantos pequeños cambios. El marco de la puerta era corinto y no naranja como solía ser, la buganvilla color rosa resaltaba notablemente en el marco de la puerta cuando antes eran un pequeño arbusto no tan grande.

Cambié el peso de la pierna viendo un lugar con tanta historia, no solo mía sino de miles de personas. Vasilis abrió las puertas de este lugar en 1982 y desde entonces estaba cantando que me enamoraría aquí. Cuantas veces no entré pensando en la emoción de ver a la persona que amaba. Ahora estaba a segundos de ver a mi exnovio, y eso era definitivamente una mierda.

Mi corazón después de la partida de Santorini hace seis años se convirtió en uno de hielo al estilo Frozen. Ahora volvía a palpar, como nunca palpité en la vida. Como si reconociera su energía. Cerré los ojos antes de entrar, suspirando al saber que estaba a segundos de verlo después de tanto tiempo.

Había pasado años estudiando Reiki, sanación de chakras y todas esas cosas energéticas que muchas personas ven como malas. Ahora más que nunca creía en las vidas pasadas y él, Alexander, había sido mi pasado. No tenía que investigarlo tanto, mi alma lo reconocía y daba fe de la conexión tan fuerte que teníamos.

—Mamá estará emocionada por verte —dijo tirando de mi hombro—, papá también y, bueno, mi primo sin duda estará nervioso por verte. —Me guiñó un ojo antes de entrar.

Negué con la cabeza. Kat sabía a la perfección la historia. Ella se había vuelto la amiga griega que no tenía en otro lugar.





Me trataba como si fuera su familia y a pesar de que no estábamos tan unidas en su época, ahora lo era.

Desde que la conocí sentí una conexión profunda de amistad con Kat, era como si quisiera que fuera realmente mi hermana, o si pudiera ser de sus mejores amigas a las que llama cuando quiere llorar o gritar.

Es extraño, porque siempre quise pertenecer a una familia como los Karavas, y los sentía tan cercanos por raro que pareciera, no solo era mi antigua relación con Alex, era toda su familia, como si fueran mi familia. La mamá de Alex es la hermana de la mamá de Kat. Ella vive en Londres ahora, pero hace seis años venían a pasar aquí el verano. Es por eso por lo que Alex estudió toda su vida en Londres, y pasaba aquí sus veranos hasta que decidió hacer de Grecia su hogar.

Alex era ese secreto que no quería tener. Durante seis años en los que hablamos por Skype, hablamos de todo lo que te puedes imaginar, de unicornios y de vidas perfectas. Hablamos de lo rompe huevos que era estar creciendo y de lo que queríamos en la vida.

Era como si después de nuestra linda relación de verano, él y yo hubiéramos cambiado de chip y vuelto a un secreto enorme, conectado a través de una red de cables llamada internet.

—Ahí está. —Señaló al guapo, de ahora barba y cara de niño, que fingía ser adulto.

Me di la vuelta y vi a Alexander servir unas cervezas a una mesa de turistas —quizá alemanes. Este les sonrió levantando la bandeja antes de que su vista topara con la mía. Literalmen-





te me quedé sin respiración. No había cambiado mucho, seguía teniendo la cara de niño que siempre tuvo, sus ojos miel reflejaban más cansancio del que recordaba, su cuerpo estaba más formado y sus músculos debajo de su camisa blanca más marcados. Seguía siendo él con la madurez que la edad le daba. Ahora hablemos de la pequeña barba, súper corta, que le daba un toque demasiado atractivo. Lo había visto antes por Skype, pero verlo así, en vida real era... increíble.

Se acercó, con los hombros hacia atrás, relajado y confiado. Él siempre fue un hombre seguro de sí mismo, al menos a primera vista. Por dentro estaba roto, como todas las personas en este mundo. Aparentar estar completo es fácil, seguramente la mitad de las personas lo hacen, pero por dentro estamos llenos de inseguridades, miedos y pedazos rotos de nuestro pasado.

—Mía —dijo suspirando mi nombre.

—¡Alex! —intenté aparentar que todo estaba bien.

Lo vi bajar la mirada, segura de que estaba admirando el cambio en mi aspecto físico. Desde los meses que no sabía de él me dediqué al cambio en mi aspecto físico, sabía que quería que lo viera desesperadamente, es por eso por lo que me puse súper guapa, hasta me maquillé, y eso no era normal en mí.

Tenía puesto un pantalón de manta blanco de cintura alta, que se ajustaba a mi cintura para apretar un poco y disimular la pancita que aún tengo y no quiere irse a ningún lado, con una blusa azul corta, pero no tan corta para dejar ver tanta piel. Bajar de peso me había dejado un poco de flacidez y no es fácil disimularlo, no es como si se pudieran hacer grandes milagros.





Hace unos años, cuando hablábamos por Skype con Alex me sentía como el cerdo, Regina. Elena García, una escritora española amiga mía, me contó acerca de un cerdito que rescató de morir congelado. Bueno, yo era el cerdo en mi cabeza, qué les diré.

Después de una gran depresión por no sentirme tan linda como para regresar, decidí pedir ayuda. Pedir ayuda para tratar mi depresión y mi peso fue la mejor decisión que tomé en mi vida y la operación bariátrica el complemento mortal de mi plan de bajar de peso.

Lo primero que aprendí fue a no ser tan exigente conmigo misma, a quererme a pesar de mis defectos y a amarme sobre todas las cosas. Si yo no me amo, ¿quién lo va a hacer?

No voy a mentir, aun sigo siendo bastante insegura, solo que no tanto como en el pasado. Aún me estoy arrepintiendo de mi despedida de Guatemala con tacos que hicimos con Andrea.

Debería tomar agua de ahora en adelante, para ver si bajo un poquito más la pancita. Esa que aún se nota y me impide ponerme el bikini que tanto sueño con ponerme.

Los brazos de Alex me rodearon, dejándome sentir su calor corporal. La poca humedad que quedaba en su piel por el trabajo y la alta temperatura me reconfortaron, llevándome a un pasado remoto de hace seis años. Armani y sudor, su sudor seguía siendo perfecto.

Cerré los ojos sintiendo cómo el hilo rojo quitaba su tensión y se acomodaba en su lugar. Esperé tanto para este abrazo que ahora que lo siento, no quiero despegarme de él. Me alejé





unos centímetros para poder mirarlo a los ojos. Alexander me regaló una de esas sonrisas de adonis sin despegar sus manos de mis caderas.

—Es bueno verte. —Su acento seguía siendo bello, a pesar de que ya no vivía en Inglaterra y ahora era más griego que inglés.

Y se preguntarán, ¿por qué suspiro tanto por su acento? Resulta que en seis años que estuvimos hablando, muy pocas veces hablamos realmente. Siempre nos veíamos y escribíamos. Por alguna extraña razón jamás intercambiábamos palabras. En ciertas ocasiones olvidaba silenciar el micrófono y lo escuchaba respirar, suspirar y maldecir por lo bajo cuando su cuerpo buscaba cierta liberación al estrés acumulado. Una sola llamada en la distancia podía solucionar todos nuestros problemas.

—¡Estás genial! —Le di dos besos en cada mejilla—. ¿Cómo estás?

—Trabajando. ¿Quieres sentarte? ¿Te traigo algo para beber?

La verdad es que quería que Kat fuera por su teléfono a toda prisa y saliéramos corriendo de regreso a VineyArt. Pero me mentía a mí misma, quería quedarme ahí y verlo atender a las personas hasta que tuviera un minuto de su tiempo para prestarme algo de atención y luego regresar a sus quehaceres.

Era patético, pero una mujer seducida por un hombre era difícil de controlar. Cuando las hormonas reaccionaban, ¿quién las detenía? No estaba enamorada, o eso quería creer, pero la atracción por este hombre era segura.





—No sé si... ¿Kat, tomamos algo? —La miré, rogando un poco de ayuda. Suplicando por el sí que yo no podía decir.

¿A quién quiero engañar? Quería verlo, si no por qué otra razón estaba en Santorini. Claro, había más razones, pero él era una de esas y era la principal.

—¡Sí! Dos margaritas con hielo picado, dile a Andreas—dijo tomando mi mano—. ¿Alex?

Este se giró para ver a su hermana.

—Vamos a necesitar que tengas una jarra hecha. Pienso emborracharme con Mía y las gemelas. —Su sonrisa se extendió bastante.

Claro, las gemelas. Esto sonaba a un déjà vu. Siempre que salíamos las cuatro, parábamos en estado de ebriedad nivel cinco. A la primera que conocí fue a Irini, luego a Ileana Ioriu y ellas me presentaron a Katerina que luego resultaría ser la hermana de Alexander, al que conocí antes que todas ellas.

Nunca les dije que hablaba con Alex, ni cuando nos besamos la primera vez. Todo era un secreto hasta que las cosas se salieron de cualquier control y paramos contando nuestra relación de verano.

Quién diría que el destino era un juego de ajedrez. No sabes qué movimiento te dejará en jaque.

Dos horas más tarde ya estábamos hechas un mar de risas. Habíamos estado tomando margaritas, tranquilas, no tantos para aguantar toda la noche, pero sí una cantidad considerable para estar mareadas poniéndonos al día de todo lo que no habíamos hablado en seis años. Más tarde, iríamos al bar





del pueblo a bailar como locas tomando tequila hasta más no poder.

Pensé en la casita de la caldera y me emocioné, sabiendo que me estaba quedando justo en la caldera y la resaca de mañana la pasaría viendo el azul del mar.

Sonreí cuando Alex se acercó a mi oído. Sentí su respiración apuñalando mi piel. El erotismo que irradiaban mis sentidos era el poema más dulce. Un escalofrío recorrió mi piel y cerré los ojos imaginando que solo estábamos él y yo, una vez más en esa habitación con vistas al mar, donde el aire pegaba en nuestra piel cuando los movimientos sincronizados se volvieron rítmicos y constantes entre jadeos eternos y placer inmenso.

—Tus ojos combinan a la perfección con esa blusa azul.
—Abrí los ojos imaginando cómo podían verse mis ojos color avellana. Estaba confundida por su comentario, pero al mismo tiempo tenía que aparentar que estaba perfectamente bien.

—Sí... ojos... yo... —¿Puedo sonar más idiota?—. Tú también.

Soltó una carcajada.

—¿También estoy bien con tu blusa azul?

Puse los ojos en blanco riéndome de la estúpida situación. Alex siempre lograba sacarme una sonrisa en momentos de tensión. Observé cómo las personas comenzaban a pasar frente a nosotros, a toda prisa por ir a ver el atardecer al castillo, ese castillo que contaría nuestra historia de siglos atrás.





Si pudiera describir este momento, lo describiría como delicado; nunca sabes cuándo un movimiento puede llevarte a lo más hermoso de tu vida o al caos más grande. Así era esto, un momento delicado donde él podía ser mi momento mágico, o mi destrucción.

—No, Alex, te estás bien siendo tú. Aquí, ahora. —Sabía que él no estaba esperando que fuera sincera y decirle un cumplido cara a cara era algo que tampoco esperaba.

Recordé una de las primeras veces que le dije algo bonito, algo que me hiciera sentir a mí especial al decirlo. Estábamos hablando por Skype después de un día muy cansado entre trabajo y universidad. Alexander había esperado toda la noche despierto, viendo esos programas de cocina que tanto le gustaban, esperando a que regresara para poder hablar un rato antes de que él se fuera a dormir.

Por aquel entonces vivía en Londres, estudiaba periodismo y jugaba a fútbol en el equipo de su universidad. Hablamos por Messenger hasta que finalmente pude llegar a casa para decirle buenas noches por Skype. Me conecte viéndolo acostado en la cama, sin camisa, con las ojeras marcadas. Fumaba un cigarrillo al tiempo que me miraba sonriente. Eran las cuatro de la mañana en Londres y recordaba no sentirme culpable de verlo aún despierto solo por mí. Me gustaba que hiciera esto, me hacía sentir... única.

MÍA

No debiste esperarme. Mañana estarás desvelado.





ALEXANDER

Es bueno verte antes de dormir.

Siempre se me hizo extraño escribir y no hablar cuando podíamos hacerlo.

ALEXANDER

Perdón por la cara de sueño.

MÍA

¿Qué cara de sueño?

Alex hizo un gesto, pasándose la mano por la cara para enseñar que estaba cansado. Esas conversaciones de Skype eran mi pan de cada noche, durante seis años siempre hablamos, Alex siempre me esperó y siempre me hizo sentir especial.

Recuerdo todas las veces que planeó venir a Guatemala y por una y otra y otra razón jamás lográbamos concretar ese viaje. Era como si el destino nos jugara el juego de separarnos. Era estúpido y triste.

En lo más profundo de mi ser quise estar en esa cama, viendo esa cara en carne y hueso. Se veía como imaginaba que se vería cada mañana. Me gustaba lo que veía y por un minuto me di el placer de pensar que él estaba a mi lado. Era suya como él era mío.

Imaginé que besaba sus labios, que ahora solo eran un viejo recuerdo que intentaba mantener vivo, uno que me negaba a olvidar.





Una mujer tiene la libertad de soñar y me estaba dando ese momento para hacerlo.

MÍA

Qué sexy.

Escribí mandándole una sonrisa muy pícara por la cámara.

ALEXANDER

¿Así?

MÍA

Muy sexy.

ALEXANDER

Tú más.

Hice un gesto coqueto, llevándome un dedo a la boca para morder con picardía mi uña.

MÍA

¿Qué estás usando? Ya veo que no tienes camisa.

¡Lo estaba provocando!

ALEXANDER

Solo unos boxers negros pegados. Hay calor.





Abrí mucho los ojos para que él viera que me atraía su forma de no vestir casi nada.

MÍA

Me gusta.

ALEXANDER

¿Y qué me dices tú?

¿Hace calor en Guatemala?

Observé mi suéter con cuello de V. ¡Vamos! Vivo en el maldito trópico, aquí no es necesario usar suéteres dentro de casa. Lo tomé por el borde levantándolo con mucha destreza. La blusa con un escote pronunciado salió a relucir. Me la había puesto porque no me quitaría el suéter en todo el día, hacía frío y no había por qué enseñar esa blusa tan exhibicionista.

«Hasta ahora», pensé.

Los ojos de Alex se abrieron de par en par, viendo cómo lo seducía por medio de una cámara.

ALEXANDER

Retiro lo dicho, ahora estás muy sexy.

Suspiré negando con la cabeza al tiempo que parpadeaba varias veces para regresar al presente. Luego pensé en las palabras de Kat, él tenía novia y yo... yo estaba sola esperando a que por algún milagro él y yo estuviéramos juntos.





No sé por qué no puse atención, él me lo había dicho y pensé que solo era una chica que acababa de conocer, nada serio, nada formal. También pensé que para el día que regresara, ella ya no estaría en la fotografía.

Giré la cabeza para ver a Ileana verme con... ¿Lástima? ¡Va-ya mierda! Claro que les doy lástima. Todas vieron lo que había pasado seis años atrás, todas lo veían venir, menos yo y él.

¿Triste? Sí, pero no para exagerar las cosas.

Bueno, a levantar la cabeza, Karakla. No puedo ir por el mundo dando lástima aun cuando siento que el destino me es- cupe en la cara a cada segundo que puede. Es como si el diablo hiciera un pacto con Jesús para que mi vida amorosa siempre sea un karma eterno, y créanme que creo en esa mierda con fe y legalidad en las cosas.

Bien dicen que mi aura es rosa y que mi ciclo kármico es el amor. Vine a este mundo a sanar corazones rotos. ¡Genial! Pero, como diría Marwan, «me encantaba arreglar personas rotas. Curiosamente, cada vez que lo hacía, acababa hecho pedazos».

Siempre salía lastimada y de una u otra manera, mis ex siempre se encargaban de bajar mi autoestima, todos menos el puto hombre que tengo enfrente, que me tiene con la boca abierta y deseándolo al completo.

Quiero paz mental, encontrar a alguien diferente que me haga soñar de nuevo. Pensé en la lista que hicimos en un pasado... esa lista que nunca sería cumplida. En esa lista apuntamos sueños, anhelos y, sobre todo, picardías que queríamos cumplir juntos.





—¿Qué paso con quién? —dijo Kat viéndome fijamente. Había preguntado por Ilias e Irini.

—Con Ilias. —Me encogí de hombros—. Hace seis años que no sé nada de esa historia.

Ella también había tenido una relación interminable con Ilias, una que empezaba cada verano y terminaba al empezar el invierno. Lo entendí desde el primer momento que los vi juntos. Era una química indescriptiblemente estúpida.

—En el mar Egeo junto a las demás que he tenido. Es historia vieja terminó el año que tú apareciste.

Negué con la cabeza soltando un bufido como si eso pudiera ser cierto. Tuvimos nuestro encuentro con Irini, una charla donde descubrimos que ni ella ni yo seríamos alguien para él. La diferencia está en que ella siguió viéndolo cada año, fomentando su amistad. Yo, por lo contrario, fomenté una hermandad pura en la que lo veía como lo que era, mi hermano no de sangre. Nos volvimos fuertes y nos confiábamos el mundo entero si era posible.

—¡Tequila! —grité con la urgencia de sentir algo en mi ser más fuerte que las putas margaritas.

¿Alguna vez se han sentido completamente solos en este mundo? Bueno, pues yo me sentía totalmente sola en estos momentos a pesar de estar rodeada de personas y era algo que había ido trabajando con el paso del tiempo y, aun así, aquí estaba viendo a mi otra parte sin poder hacer nada.

Sonreí. Era la única que podía elegir cómo sentirme y, por ahora, no quería estar triste, quería disfrutar de cada maldito momento de mi vida.





—Creo que estamos en el buen camino —dije levantando el chupito que Alex puso frente a nosotras. Las chicas me miraban con ganas de matarme por pedir tequila, pero todas sabían que lo necesitábamos.

—Bienvenida de nuevo —dijo Kat chocando mi vasito.

Y así era. Estaba de vuelta y esta vez con la autoestima a tope y mis malditas ganas de comerme Santorini completamente.





UN CAFÉ, POR FAVOR

AÑO 2011



Me senté en la mesa de uno de los cafés con las vistas más lindas que había visto del lado de Fira, el centro de Santorini. Estaba vacío, lo cual me dio tranquilidad por un momento. La cantidad de gente que normalmente se aglomera en los lugares de Oia, a veces puede ser exagerada, pero también estamos a final de temporada de verano, y la afluencia de gente debe bajar sin duda. El restaurante tenía una panorámica diferente de la caldera a la que estaba acostumbrada. Las mesas estaban bajo un techo hecho de manta y si no fuera por los vientos que Santorini proporcionaba, me moriría del calor.

En la mesa de al lado se sentaron dos argentinos, podía decir de dónde eran por el acento cantado y marcado, quizá eran uruguayos, no lo sé a este nivel. Mi hermana diría que es fácil distinguir los acentos latinoamericanos, pero sé distinguir muy pocos y el argentino del uruguayo no es uno de ellos.





Observé el menú sin realmente saber qué pedir; Alexander estaba mirándome de una manera que me hacía sentir incómoda, aun no entiendo por qué accedí a venir con él.

—¿Qué vas a tomar? —Opté por preguntarle, ya que mi mente estaba en algo frío, pero me negaba a pedir café, el café no iba conmigo, al menos por ahora.

—Un expreso frío, tengo que ir a trabajar y quiero mantenerme despierto.

No era de extrañar que un griego pidiera un café frío a esta hora, eran las dos de la tarde y a pesar de que no había comido nada más que un helado de Snickers, no tenía hambre. Últimamente mi selección de alimentos estaba en la mierda, debo mejorar eso si no quiero acabar engordando.

No estaba segura de si era el efecto que tenía Alexander de quitarme el hambre o que realmente estaba teniendo pena por mí misma y mi peso, finalmente.

El camarero se acercó, tranquilo con su planta de saber lo que íbamos a pedir sin siquiera abrir la boca. En un principio nos saludó en inglés, como si fuéramos turistas como todos los demás, era obvio, estábamos hablando en inglés.

—Un expreso frío sin azúcar —dijo Alexander antes de mirarme.

Aquí venía mi momento raro del día donde iba a pedir lo mismo que él.

—Lo mismo —dije empleando el poco griego que tenía en mi vocabulario. No era fan del café, pero no estaba pensando como debía.

Nos quedamos en silencio, esperando a ver de qué diablos hablar. No nos conocíamos lo suficiente para tener





tema de conversación, apenas si nos habíamos hablado la última vez.

¡Mierda! No tenía ni idea de qué decir o hacer. Es extraño porque normalmente hablo más de lo normal, no es que pueda quedarme en silencio por mucho tiempo, aun con desconocidos. ¿Con Alex? No, con Alex no me salían, pero ni las mañanitas.

—¿Qué hacías en Fira? —preguntó recostándose en la silla.

—Voy a trabajar en una tienda y necesitaba mis permisos de trabajo.

Alexander entrecerró los ojos, negando con la cabeza.

—¿Vas a trabajar?

¿Acaso él no trabaja?

—Claro que voy a trabajar, a eso vine.

Calculaba que él y yo teníamos la misma edad. A los dieciocho se comenzaban a dar los primeros pasos, en Grecia desde mucho antes. Normalmente los negocios aquí eran familiares y los jóvenes empezaban desde los catorce o quince a trabajar con sus padres. Agradecí que en Guatemala esto no pasara, ahí era estudios, estudios y más estudios antes de comenzar a trabajar.

—Haces bien. ¿Es tu primer trabajo?

—En Grecia sí, en mi vida no. —Había tenido trabajos en las vacaciones en un pasado, trabajos pequeños pero que en Guatemala eran gran cosa, al menos para los jóvenes. Ganas dinero para después gastártelo en alguna estupidez.

—¿Qué hay de ti? —Enfocaría el interrogatorio hacia él, no sería el único preguntando en este lugar.





—Trabajo con mi tío desde los catorce, cada verano vengo a Oia a trabajar, luego regreso a Londres a terminar mis estudios. Así de aburrida es mi vida.

¿Qué? ¿Aburrida? Este tío no tiene ni la menor idea de lo que es aburrida. Trabajar en este lugar no tiene nada de aburrido. Es como un pueblo enorme donde están todos tus amigos, tienes unas vistas hermosas todos los días, sales a tomarte una cerveza al único bar del pueblo, ves gente nueva a diario. ¿Qué tiene esto de aburrido?

Sin mencionar que los padres asignan responsabilidades grandes a sus hijos desde temprana edad, es por eso por lo que, en Latinoamérica, al menos en Guatemala, ves a muchos viviendo aún con sus padres a los treinta.

—Sí, me imagino que debe ser aburrido —respondí con sarcasmo. Alexander soltó una risa apagada antes de negar con la cabeza.

—Cuando haces algo de rutina, las rutinas aburren.

El camarero llegó con los expresos fríos, una sonrisa y dos pajitas que quería evitar usar, al paso que vamos con la contaminación ambiental acabaremos con el mundo. A primera vista parecía excelente. El café con la espuma arriba y el hielo se mezclaban de manera atractiva. Me imaginé un sabor dulce con café. Quizá lo estaba juzgando mal.

Di el primer trago al ver cómo Alexander absorbía el expreso con la pajita. Me costó tres segundos tragar el café súper fuerte sin nada de azúcar. Hice una mueca al darme cuenta lo fuerte que estaba. Lo dulce se quedó tirado en alguna parte de la carretera cuando estaba viniendo, de eso no había duda. El sabor





amargo invadió mi sistema, una mezcla de frío y espeso por mi garganta. Levanté la mirada intentando que no se diera cuenta. Si dibujaba una sonrisa jamás lo vería.

—¿Por qué pides lo mismo si no te gusta? —dijo ahogando la risa.

—Sí me gusta —mentí.

—Eres mala mintiendo y sé que no mientes o al menos eso parece desde que te conozco, pero al parecer todos somos unos grandes pinochos viviendo en el mundo. —Tomó un sorbo de su café frío, mirándome con esa intensa mirada. Bajé la vista porque no podía retenerla más tiempo, me intimida mirar a la gente a los ojos. Siempre he dicho que no hay nada más fuerte que una mirada.

—Quizá lo imaginé dulce, eso es todo. —Tragué saliva sin dejar de mirar el café—. Nunca había probado uno.

Alexander no me dio tiempo para decir nada, tomó mi vaso, se lo llevo al área donde estaba el camarero. Los vi hablar un momento mientras el tío detrás de la barra le echaba algo a mi bebida; genial solo faltaba que me escupieran dentro por ser tan mal agradecida por el delicioso café que me están dando.

—Ahora sí, pequeña mentirosa. —Me dio mi bebida de nuevo—. El problema no es la bebida, es cómo la pides y yo pedí un expreso frío sin azúcar —dijo enfatizando «sin azúcar» como si fueran letras grandes y chillonas en el Facebook.

—¡Ah! —Exclamé tapándome la cara—. Lo siento.

En verdad lo sentía porque me había sentido ridícula, eso solo demostraba que mi nivel de griego seguía siendo una basura. No solo pasé tres meses en un curso de griego intensivo en el





que escribía una posible historia con la idea de querer convertirme en escritora. Fracásó en el momento en que me di cuenta de que incluso yo estaba aburrida de escribirla.

Quizá mi mamá tenía razón, era un poco obsesiva con las cosas, si veía patinaje sobre hielo (lo cual me pasaba cada vez que veía una película de patinaje sobre hielo) quiero ser patinadora; si veo una buena película, quiero ser actriz y, en mi mundo, acabo de leer la serie de Crepúsculo y por ahora quiero ser escritora, o vampiro, cualquiera de las dos funciona a la perfección.

—¿Crees que los vampiros existen? —Sí, estaba haciendo la pregunta más estúpida del mundo, pero habíamos pasado casi un minuto en silencio y mis pensamientos acerca de escritores y vampiros hicieron estragos en mi cabeza.

—Sí, claro. Viven en medio del volcán. —Alex señaló el antiguo cráter, o lo que quedaba de él.

—¿Ah, sí? —pregunté con curiosidad. Claro que no estábamos hablando en serio, pero era gracioso seguir el juego—. ¿Crees que encontraré un sexy vampiro que me transforme y me haga vivir eternamente?

—Mmm... —Se tocó la barbilla. Sus rasgos de niño en la etapa de pubertad salieron a relucir, era como si la faceta de hombre malo se fuera a la mierda y frente a mí hubiera un niño inseguro y tímido—. Claro, si es lo que quieres.

—Claro, quién no lo quisiera. Vivir en Santorini eternamente.

—Lo siento, pero los vampiros viven en el cráter del volcán, es el infierno.





Fruncí los labios unos segundos pensativa.

—Entonces quizá mejor no.

En estos momentos solo quería probar sus labios, tan finos y delicados. No sé por qué tenía esos pensamientos poco decentes por un chico al que no conocía, normalmente me mantenía al margen del peligro, pero en estos momentos quería quemarme y convertirme en una neófito vampira que chupara hasta el último centímetro de sangre de su cuerpo.

—Son unas vistas bonitas. —Señalé frente a nosotros. El azul se extendía en una media luna, rodeada de islas o pedazos de tierra con población o sin población. Incluso Oia se veía desde la lejanía. Quién diría que estábamos tan lejos y tan cerca al mismo tiempo.

—Sí, yo también tengo una linda vista. —Sus ojos estaban puestos en mí, el niño inseguro había desaparecido y ahí estaba él. Con confianza a flor de piel.

Bajé la mirada, tímida por lo que estaba viendo en estos momentos. Quería salir corriendo de la pena, pero me gustaba demasiado cómo me estaba observando así que me aguanté la parte incómoda y disfruté de la atención de un hombre guapo con acento inglés. Es lindo de vez en cuando sentirse especial, sobre todo de este modo.

—Imagino que sí —dije sintiéndome como si fuera la diosa del Olimpo más importante de todo el *fucking* Egeo.

—Sí —dijo señalando Oia—. Es ver mi casa en una escala mejor, es ver el mar por debajo de nosotros, es sentirnos poderosos en el mundo estando sentados tomando un café con — me observó con una sonrisa— azúcar.





—Sí, claro —respondí negando con la cabeza—. Azúcar con café es lo mejor.

Entrecerré los ojos, fulminándolo con la mirada. La música salía de los altavoces bastante baja, pero aun así era audible para mis oídos, era una música instrumental griega que en lo personal no me gustaba. Era más de música que pudiera entender. Pop, sobre todo. Incluso un niño de catorce años estaba comenzando a cantar canciones muy románticas para su edad, pero aun así estaban gustando al mundo entero y yo era una de ellas. Recuerdo haber visto un video suyo en YouTube cantando a capela. Era bueno.

—¿Qué haces en un día normal en Santorini? —pregunté dándole un sorbo. Era verdad, el café estaba dulce y delicioso. Quizá ahora empezaría a pedir «Ena fredo café glico me gala, parakalo» o un café frío dulce con leche, por favor, en español.

—Trabajo en el restaurante familiar, como todos en este lugar. Se llama Lotza y es un buen lugar para ir a comer y disfrutar de las vistas. Tenemos muy buena variedad de comida...

Le ofrecí una sonrisa, escuchándolo hablar de su trabajo. Solo con escucharlo ya tenía hambre, quizá convenga a Vicky de ir a comer ahí más tarde, solo por la excusa de ver... ¿Qué diablos estoy pensando? No debería de ser de ese modo. ¡Mierda!

Me recosté en la silla cuando él hizo la siguiente pregunta.

—¿Por cuánto tiempo te quedas?

—Todo el verano, tengo un trabajo así que estaré en las mismas.





—¿Restaurante? —preguntó con curiosidad. ¿Acaso todos trabajan en restaurantes?

—No, en una tienda de *souvenirs*.

Alex cambió su expresión antes de negar con la cabeza, las tiendas de *souvenirs* involucraban muchos turistas intentando rebajar los precios o hacer algún tipo de descuento para comprar estupideces sobre Santorini y tienen burros involucrados. No admitiré que yo compraría esas estupideces antes de irme para llevar un pedazo de Oia conmigo.

Terminamos nuestro café en silencio, con conversaciones cortas acerca de vinos y las cosas que nos gustaban. En ese momento me quise sentir como una persona popular, así que le conté varias estupideces que hice en el instituto, el pareció estar interesado, pero no completamente interesado en ver cómo salía a emborracharme la mitad del tiempo. Creo que mi intento de verme culta se quedó en la basura completamente. ¿Qué tiene de culta emborracharse?

—Lo estoy pasando bien, pero tengo que ir a trabajar. —Me dio la mano para ayudarme a salir de mi asiento. Alex soltó un billete de diez euros antes de mirarme a los ojos. Su mirada color miel era la poesía más hermosa que se había recitado jamás, pero no podía tenerlo, no como me gustaría.

—Yo también lo pasé bien. Gracias por el café.

Cuando regresé, entré dando brincos a Skiza sabiendo que Andrea estaba ahí con Ilias, los dos estaban sentados comiendo una pizza que abrió mi apetito completamente. El queso se estiraba con cada mordida que cualquiera de los dos daba, parecía demasiado increíble para no robarles un pedazo.





Andrea me sonrió, diciendo en inglés:

—¿Qué tal estuvo tu cita? —La muy cabrona sabía que podía preguntarme en español y evitar un momento incómodo con Ilias, pero quería darle celos, de eso no había duda.

—Lo pasamos muy bien. ¡Tomé café! —dije con la emoción más grande que tenía en mí, eso sí que no era normal.

—¿Café? ¡Bah! Ilias, ¿qué tal si nos traes dos cervezas? Es hora de comenzar a beber, ya son las cuatro de la tarde.

—¿Por qué te fuiste con él? —La mirada entrecerrada de Ilias era una puñalada en el corazón—. No lo conoces.

—No, pero era tu amigo, además es guapo, y con acento inglés. —Él siempre me estaba restregando sus conquistas y eran bastantes. Además, fue quien dijo lo de no poder estar juntos y, si lo pensaba bien, jamás hubiéramos encajado.

—Como sea. —Se dio la vuelta alejándose para traer las dos cervezas. Era muy seguro que Andrea y yo rebotáramos por todo Santorini hoy. Hacía más de seis meses que no nos portábamos mal. Ella vivía lejos de mí en Miami, era demasiada distancia.

Levanté mi copa, que choqué con la de mi amiga mientras escuchaba el sonido de la espuma disolverse de la cerveza de barril. El ambiente era caluroso pero agradable a la vez. La tarde estaba comenzando a llegar y a pesar de que las cosas estuvieran controladas, sabía que estaban a punto de salirse de control. De eso no había ninguna duda.

Después de todo, solo tenemos dieciocho años. ¿Madurez? ¡Hola! Esa no existe aún.





ᄒᄒᄒᄒᄒ
İKALIMERA!
AÑO 2011 ᄒᄒᄒᄒᄒ

Abrí un ojo, luego abrí el otro sintiendo que mi vida era una mierda. ¡Tengo sed! Y aún no logro asimilar cómo me encuentro. ¿Tengo goma? ¿No tengo? ¿Cómo vine ayer? ¿Estoy viva? ¿Dónde dejé mi coche? Esperen... ¿coche? Si no estoy en Guatemala.

Parpadeé un par de veces antes de levantarme de la cama y ahí fue cuando sentí mi vida moverse al máximo. Estaba desequilibrada y mareada. Hola, querida resaca, bienvenida a mi jueves.

Caminé hasta la cocina, abrí la pequeña refrigeradora y saqué una botella de agua que venía con el alquiler de la casa. Habían traído pan fresco y mermelada como parte de la bienvenida. En realidad, hoy debía hacer una compra con todo lo necesario para una semana, cosas sanas en comparación con la última vez que estuve aquí.

Me puse gafas oscuras, un pantalón deportivo y una blusa sin mangas. Mi cabello estaba recogido en una coleta medio





suelta porque simplemente era tan corto que no me daba para amarrarlo todo. Tomé mi bolsa y salí al caluroso clima de la caldera.

¿Sabes un dato curioso sobre el otoño en Santorini? Si caminas por la caldera, encuentras calor, pero del lado de las faldas, hace demasiado viento frío. Curioso tener dos climas en un mismo lugar.

Las estrechas calles de mármol y piedra eran como un reto, siempre temía caer por ser un poco resbaladizas. Caminé durante cinco minutos hasta llegar al aparcamiento, donde había un puesto de helados de yogurt, una venta de gyros, un restaurante de comida casera, y un pequeño supermercado. En Oia había cinco supermercados pequeños, para mi mala suerte los pequeños eran muchísimo más caros que los grandes, esos no estaban a nuestro alrededor. Para llegar a ellos debías hacerlo en automóvil o bus e ir al súper en bus suena un poco cansado. Quizá le pida más adelante a Ilias que me lleve.

Tomé huevos, lechuga, brócoli, pasta, leche, queso, jamón, carne molida, pan, pan tostado, maíz para hacer palomitas en la sartén (no tengo microondas así que todo lo que compro es lo que puedo hacer en hornilla), sopas chinas de fácil preparación, agua y zumo.

Llevaba tres bolsas que pesaban un montón y volver a casa con todo sería una pesadilla. Le eché ovarios antes de empezar a caminar de regreso. Recé todo el camino por no encontrarme a nadie. Me había gastado aproximadamente treinta euros y aún no tenía todo lo que necesitaba.





Dejé las cosas y volví a salir de vuelta al supermercado. Aca-ricié a un gato negro y blanco que estaba en mi paso, tenía una mancha en la boca como si fuera un bigote, inmediatamente lo llamé Señor Bigotes.

En Santorini hay exceso de gatos callejeros y soy una amante loca de los animales, en Guatemala incluso ayudo a asociaciones a rescatar gatos y perros. Mis amigos me molestan tanto por mi amor a los animales que dicen que es por eso por lo que elijo solo perros como novios. Y sí, mis exnovios son unos perros de mierda que nunca me valoraron, pero así es la vida de cruel.

En mis compras incluí una botella de Vinsanto del famoso viñedo local llamado Sigalas. Vinsanto es un vino dulce y delicioso, un aperitivo para postre que me gusta muchísimo y que solo fabrican en esta región. Compré papel higiénico, y un par de cosas de cuidado personal y por supuesto comida para gato, en una bolsa grandísima que me costó veinte euros, pero quería alimentar a los gatos que se me cruzaran. Con eso me fui a casa muriendo de lo pesado que era la maldita bolsa de comida.

Me conecté a internet, vi los mensajes de mi Instagram y un par de historias de todos mis amigos en Guatemala. Di *like* a un montón de estupideces y luego me di la vuelta para ver el hermoso mar a través de mi ventana. El sol se veía fantástico y mi estómago rugía del hambre.

Tomé el tapenade, el queso crema, las hojas de alcaparra, me serví un vaso de jugo de arándanos y salí al balcón. El calor pegó directamente en mi piel, haciéndola un manjar de deliciosa vitamina C.





Vi la majestuosa caldera, tan grande y preciosa, mientras escuchaba a las personas a mi alrededor sin siquiera poder verlas bien. En Santorini no hay tanta privacidad y eso es algo que va de la mano con el precio de vivir en un lugar tan lindo.

Me pasé horas en las redes sociales mientras comía, luego tomé una linda fotografía de mi vista y la puse en mis redes. Acababa de abrir una nueva página llamada Mía's Journey, así que, si estás leyendo esto, me puedes dar *follow* (@miakarakla) y ver lo lindo que se ve todo mi viaje.

Me acosté, saqué mi computadora y estuve durante horas viendo series de Netflix que en Guatemala no aparecen. Es crítico y difícil pero cierto. No sé por qué no podemos tener de todo en las redes que pagamos.

Este día no hice nada, no hablé con nadie y me pasé horas y horas conmigo y mi soledad. Ver a Alex ayer me había causado una tristeza enorme, más porque casi no me habló y me ignoró la mayor parte del tiempo y eso es en extremo triste.

Este día no hice nada, no hablé con nadie y me pasé horas y horas conmigo y mi soledad. Ver a Alex ayer me había causado una tristeza enorme, más porque casi no me habló y me ignoró la mayor parte del tiempo y eso es en extremo triste.

:♦:♦:♦:♦:

—¿Qué? ¿No saliste de casa en dos días? —Ilias me estaba mirando con cara de horror.

En efecto, me encerré durante dos días. No era extraño hacer esto, había venido a escribir y a editar, estaba trabajando en





la edición de un libro y eso debía hacer, si salía siempre jamás avanzaría.

—El primer día morí, y el segundo alisté todo para empezar a editar y avancé con dos capítulos. Siento que voy lento —dije mientras daba una mordida al queso con miel.

Estábamos en Vineyard almorzando un poco temprano antes que Ilias estuviera a full con el trabajo. Este levantó la vista revelando esas pestañas sacadas de un anuncio de Elleebana, tan grandes y perfectas. Si tuviera esas pestañas, no tendría la necesidad de usar a cada rato productos para hacerlas ver más grandes. Mis ojos eran profundos, de color café claro, con cejas espesas y pestañas grandes, pero no tanto como me gustaría que fueran.

A veces solía ponerme extensiones de pestañas para agrandar el ojo, pero en este viaje no podía usarlas por el hecho de que eran dos meses y seguro que no encontraría quien me hiciera el retoque y se verían horribles hasta que se cayeran.

—¿Vino? —Giorgos, el hermano de Ilias, se acercó a mi con una botella.

Negué con la cabeza, señalando mi agua.

—Un poco más de agua sería fantástico.

Hoy el vino no era mi amigo de cajón. No quería tomar nada, aún debía regresar y seguir trabajando.

—¿Lo viste? —preguntó Ilias dándole una mordida al pan y masticando con la boca ligeramente abierta, como hacían la mayoría de griegos.

—Sí —respondí suspirando—. De verdad, no entiendo al puto destino. Pasamos seis años hablando y cuando decido ve-





nir, él está aquí, pero tiene novia y me ignora la mayor parte del tiempo, es decir... no sé, solo me duele.

Estaba enojada con el mundo por no dejarme amarlo con la libertad que necesitaba.

—Bueno, pero es bueno que vengas y te des cuenta de que ya no le interesas y pases página.

¡Ouch! Demasiada sinceridad para mi sistema digestivo.

—Qué lindo eres —dibujé una sonrisa bastante sarcástica.

—Lo siento, Mía, pero es la verdad.

Lo más duro es que tenía razón. Era verdad, Alex no mostró ni un poco de interés en mí, ni lo más mínimo de mi deseo más profundo, no quiso saber de mí.

—Quizá he cambiado de opción con el agua —señalé la pared llena de vinos—. ¿Tiene algo más fuerte?

—Tzipuro —dijo encogiéndose de hombros al tiempo que a mi me daba asco con solo pensar el nombre. Tzipuro era un aguardiente que tomaban como si fuera tequila, pero de esos que disfrutas sorbo a sorbo. A mí, personalmente, no me gusta.

—No, déjalo. —Cerré los ojos sintiendo un constante toque en mi corazón—. Pero sí acepto un Visanto.

—¿Aún te puedes tomar una botella completa sola?

—¡Claro! —fruncí el ceño. Es muy dulce y las personas dicen que es solo para tomar una copita pequeña, pero en mi caso quería toda la puta botella porque era fan.

—Agapi mou —dijo dándome un beso en la mejilla antes de regresar a su mirada triste y perdida.

¿Saben lo que es amar con intensidad? Bueno, esa era la manera en que Ilias amaba, la misma forma en la que yo había





amado a Alex, y a nadie más. La diferencia era que Ilias entregaba su corazón, y cuando lo hacía, era con toda el alma incluida.

—Piensas regresar con ella, ¿no es así?

Ilias tenía una novia desde hace cuatro años, a la que conocía de toda su vida. Estaba tan enamorado de ella que pensó que ahí se quedaría. Ilias ahora tenía su pelo largo, más que el mío. Agarrado en una coleta alta, una camisa sin mangas y un collar bastante grande que parecía maya colgado en el cuello. Su aspecto no era ni la cuarta parte de lo que fue en un pasado, tan elegante.

Aun así, era atractivo en todos sus aspectos.

—La dejé ir. La amo tanto que solo quiero su felicidad.

—Muy maduro por tu parte. —Sabía que lo sentía en su corazón, aun así, seguía dolido por la decisión.

—Ella no me quiere, ¿sabes? Podía sentirlo y no sé cómo expresarlo.

—Lo sé —dije sonriendo —, a mí me pasó igual. ¿Te recuerdas de mi ex? Pude saber en mi interior el momento exacto en que me dejó de querer, y aun así lo vi quedarse, intentar amarme, pero cuando no amas a alguien, no te puedes obligar a hacerlo.

Recordar a mi exnovio era un balde de agua fría que, gracias a Dios, ya no dolía. El hecho de admitir que alguien te deja de querer es la parte difícil, a nadie le gusta que la persona más importante, simplemente le dejé de amar.

—Es por eso por lo que la dejé ir.

Mentía, y yo podía verlo; aun así, no era quien para cuestionarlo. Odiaba que las personas se metieran en cuestiones del





corazón. Las personas sí creen que son las más indicadas para cuestionar el corazón de otros, y en el amor cada persona tiene su propio método para amar, dejar de amar y olvidar.

—Lo que sea lo mejor para ti, eso sí, toma tu tiempo.

Me dio un beso en la mejilla, una sonrisa dulce que aún tocó el interior de mi alma. Se levantó y se fue de regreso a la cocina.





UNA SEMANA Y CONTANDO

AÑO 2011

La semana pasó demasiado rápido. Fuimos a muchos lugares, playas, bares, museos y, por supuesto, restaurantes. Quizá en estos días había subido unos cinco kilos eso no ayudaba para nada a mi autoestima. Juro que cuando Andrea regrese a Miami no comeré en tres días en una dieta détox y después empezaré a comer ensaladas hasta que baje los mil kilos que me subí.

Seamos sinceros, ¿quién se fija en personas con mucho peso? Al menos en mí no se fijan. Es decir, soy latina y tengo curvas en exceso que no puedo tener. Un día alguien me dijo que las personas que más critican son los latinos, que los europeos se fijan, pero no tanto. La verdad, creo que todos somos la misma mierda.

Hoy estábamos en la piscina del hotel que alquilamos. Andrea decidió que mi casa estaba bien para vivir, pero no para pasar sus días de vacaciones; quería piscina y sol. Anemomilos era el lugar más adecuado, a dos minutos de Oia caminando con





una hermosa vista a las faldas del volcán. Era un lugar precioso. La piscina tenía una forma abstracta con palmeras en los bordes, sillas de playa y unas vistas a las faldas del volcán dignas de ser una postal.

Definitivamente ese lugar era un mundo mágico. Uno que tengo que poner en mi Facebook.

—¿Entonces? —dijo mi mejor amiga, tomando un trago de Zacapa centenario, el mejor ron de Guatemala. Había llevado esa botella durante seis meses y finalmente le estábamos dando buen uso.

—¿Entonces qué? —pregunté cerrando los ojos para recibir mi baño de luz solar.

—¿Vas a besar al chico inglés que te gusta o no?

Negué con la cabeza. Llevaba una semana insistiendo en que debía besarme con Alexander. Por más que quisiera aceptar era demasiado embarazoso después de la última vez que lo vi.

Estábamos en Kamari, una playa bastante corriente como todas las playas en Santorini. Nada extraordinario como otros lugares en Grecia. Estaba comiendo un helado cuando vi pasar a Alex. Me quedé paralizada por unos segundos, viéndolo pasar junto a nosotros sin que me notara, el muy imbécil. Estaba caminando con el ceño fruncido cuando... ¡BAM! Sentí un golpe sólido en todo mi cuerpo, sobre todo en mi frente. El frío del helado lo empecé a sentir en mi pecho al momento de separarme del poste con el que acababa de chocar. ¡Vergüenza total!

Alex me observaba desde exactamente el momento en que me choqué y llegó muriéndose de la risa para ver si estaba bien. El muy cabrón no dejaba de reírse. No era nada justo.





—Seguro que cree que soy una perdedora —dije tocándome la frente recordando el golpe.

—Ya se te debería de pasar la vergüenza, fue solo un pequeño golpe.

—¿Pequeño? ¡Fue horribleee!

— ¡Ya basta! —gritó Andrea poniéndose de pie—. Vamos a hacer algo.

— ¡¿Qué?! —dije siguiendo su emoción.

—Vamos a cantar, beber y después a ir a ese bar en Oia a continuar nuestra bendita fiesta, que es la última. Vamos a pasarlo bien y a olvidarnos de todo. Tú y yo contra Oia. ¿Te parece?

Asentí, tomando mi vaso y chocándolo con mi amiga, brindando por el buen momento de tenerla junto a mí en los instantes que más la necesitaba. Es de esas amistades que sin importar qué están ahí. Levanté mi vaso cuando ya no tenía ni una gota de ron, definitivamente esta sería mi noche, podía sentirlo.

Cantamos canciones de pandora, hablamos de cuándo se casará, incluso me imaginé encontrando una persona que fuera perfecta para mí. Me imaginé caminando de la mano con alguien en alguna playa, imaginé a alguien queriéndome como mi padre quería a mi madre. No es tan difícil de encontrar ese amor, ¿verdad?

Cuando mi cabeza aún funcionaba, pero mi nivel de felicidad estaba por los cielos, fuimos al único bar de Oia. Era normal que todos los locales se juntaran ahí cuando terminarían de trabajar y la fiesta comenzaba como cada noche. Vicky y yo, en cambio, caminamos a un restaurante más abajo a pe-





dir un sándwich normal de jamón y queso. Me estaba muriendo de hambre. Paré junto al local cerrado donde compraría mi pan con jamón, y enojada me di la vuelta para observar a Andrea entrar a Lotza, el restaurante donde trabaja Alexander. La odié desde lo más profundo de mi maldito ser. Necesitaba algo en el estómago antes de ir a Marykay, por lo que la seguí a mi muerte.

Me senté en la mesa. La persona que llevo el menú a mi mesa llamó mi atención al instante, esos ojos miel eran difíciles de olvidar. Le sonreí a Alex, sintiendo cómo intentaba seducirlo. Él me gustaba bastante y no veía por qué no hacerlo. Estaba en modo «llamar la atención» y quería toda la atención de él puesta en mí.

—¡Alex! —dije mordiéndome el labio y olvidando por completo que dejé la vida pegada a un poste hace unos días.

—¡Hola, chicas! —dijo él acomodando las cosas en la mesa.

Parecía nervioso, seguía mirando para todos lados menos para donde yo estaba, incluso miraba más a Andrea que a mí. ¡Genial! No le gustó, eso debe de ser, no le gusta siquiera verme. Debo de ser un ser horrible. Un umpa lumpa, y esas cosas que me asustan.

—Una cerveza —dije viendo el menú.

—¡Dos! —gritó Andrea mirando a Alex también de una forma seductora. ¡Carajo, él no!

Entrecerré los ojos para que ella captara que era hora de retroceder, esta negó disimuladamente con la cabeza antes que Alex se diera la vuelta y se alejara. Le eché la mirada que más se merecía en estos momentos, la que demuestra muerte segura.





—¿Vas a hacer algo o solo lo vas a ver como a Ilias? Porque yo tengo una noche aquí y tengo dos conquistas marcadas, tú ni el que ya marcaste logras atraer otra vez. —Se cruzó de brazos dejándome como una idiota que la miraba con los ojos muy abiertos.

Le lancé una mirada que decía todo. Ella y yo teníamos el poder de hablarnos con la mirada, no necesitábamos de nada más. Los ojos eran suficientes y Alexander estaba en la mesa colocando... ¿Qué diablos me puso en la mesa?

—¿Pedí cerveza? —dije señalando mi bebida.

—Sí, pero creo que tienes que probar la limonada hecha de la casa.

A pesar de que la limonada era mi bebida favorita, sobre todo la limonada de Fanta con limón, no quería eso ahora, menos casera. Quería mi cerveza. ¿Por qué me trajo esto? Levanté una ceja.

—Tómate esto, come algo y después tú y yo vamos a dar una vuelta con un amigo y tu amiga. ¿Te parece?

Vi por encima del hombro de Alex cómo Andrea abría la boca o mejor dicho sufría de un dislocamiento de mandíbula. ¡Madre mía! ¡Sííí! Me estaba invitando a salir a pesar de haber hecho el oso frente a él.

—Hacemos un trato si prometes que pasaremos una noche inolvidable, es el último día de Andrea y quiero que sea algo que se lleve a Miami como la mejor noche de su...

—Te puedo apostar que incluso la tuya será la mejor.

—¿Lo prometes? —No podía dejar de sonreír.

—Al menos cuidaré de que no te pegues con ningún poste. Puse los ojos en blanco.





—¿No podías simplemente callarte la boca y no mencionarlo?

—No. Definitivamente el poste te va a perseguir toda tu vida.

Esperamos unos minutos hasta que llegó Theo, el amigo de Alexander. Era guapísimo, con ojos azul cielo y piel canela. Andrea no dejaba de mirarlo con la boca semi abierta y bastante húmeda. Se estaba tragando al chico con la mirada.

Apenas si pude comer la pasta que Alex trajo a la mesa. Miraba mi plato sin siquiera saborear la combinación de sabores.

Theo nos contó que normalmente Alex salía tarde, pero que hoy saldría antes para estar con nosotras. ¿Cómo es que logramos esto? No tengo idea, quizá simplemente le llamábamos la atención o quería un día más relajado. Yo intentaría dejar de meter el estómago como si eso fuera a cambiar cómo me veía, intentaría relajarme y pasarlo bien.

Vi a Katerina, la prima de Alex, entrar corriendo; era una dulzura, nos saludó con la mano, mientras recibía los menús de la mano de Alex.

—Hola —dijo con una dulce mirada en su rostro. Su era tez blanca, su pelo castaño claro su nariz muy griega y sus labios finos como una inglesa. Eran primos hermanos, pero ella se parecía bastante a Alex—. ¿Lo están pasando bien? ¿Qué te pareció la pasta?

Hablaba rapidísimo con un inglés tan lindo como el de Alex. Era una dulzura y solo quería abrazarla.

—El restaurante es delicioso y la vista ni digamos —dije, sabiendo que su padre era el dueño.





—Vete, ya lo tengo. —Katerina recibió a unos clientes que estaban bajando las escaleras de la entrada antes de desaparecer por las mesas para atenderlos.

En un principio me costó entender que su prima iba a cubrirlo. Ese simple hecho me pareció una cosa dulce por su parte, más porque se supone que ella trabajaba por las mañanas para tener las tardes libres y salir con sus amigos. Creo que ellos se llevan muy bien, si venía corriendo y dejaba todo por su primo. Alex tomó una cesta que se veía rara. Nos señaló la salida y todos los seguimos sin chistar palabra hasta que llegué a la puerta. Paré de inmediato.

— ¡Tengo que pagar!

Me di la vuelta para buscar a Kat y pedirle la cuenta, pero un mano me rodeó la cintura, instintivamente metí el estómago apartando su mano, o al menos lo intenté. Él apretó con más fuerza aferrándose a su pecho. Su aroma invadió mi sistema, mandando ese típico escalofrío por todo mi cuerpo, eso no lo sentía con nadie, ni con mi ex que dejé en Guatemala del que creí estar enamorada. Era extraño. Desde que conocí a Alex no había pensado en ese idiota.

—Vamos, no pagarás dos limonadas y una pasta compartida que no terminaste.

—Pero...

—No, y no insistas.

La firmeza en su voz me encantó, era como si tomara el control de mí y me dejara caer en medio de la nada. Asentí dejándolo que me empujara hacia la puerta del restaurante. La música del bar comenzaba a escucharse con más fuerza y seguro





que mis amigos estaban por llegar, pero yo ya tenía nuevos planes que involucraban a Alex y a Theo lejos del bar.

Caminamos por las pequeñas casitas, el suelo de piedras, las calles vacías finalmente sin turistas. Conocía la ruta al castillo, era la que más me gustaba recorrer. Las piedras antiguas destruidas dejaban ver una arquitectura de años atrás. Incluso, por donde estábamos pasando en estos momentos, podíamos ver la casa donde se filmó la película del pantalón viajero. Recordé por unos segundos esa película antes de seguir a Alex por los caminos angostos y las escaleras amplias que daban entrada al castillo.

Tomé la mano de Alexander, que me la tendía para ayudarme a llegar al centro de la plaza del castillo, ahí donde cientos de personas se aglomeraban a ver el atardecer, como si fuera un espectáculo de Las Vegas. Incluso los turistas aplaudían cuando el sol se enterraba en el mar. Las primeras veces me pareció fantástico, las últimas las veía de camino al hotel para juntarme con Andrea después del trabajo.

Los atardeceres en Santorini eran de las cosas más bellas. El sol bajaba, anunciando su despedida colocándose de un color rojo intenso. El ambiente se pintaba de una bruma rosada y morada, iluminando de un rosa atardecer toda la caldera. La primera vez que lo vi supe que no quería perdérme lo nunca. Lamentablemente esa promesa se rompió al mismo tiempo que el primer atardecer que vi.

Saltamos a la piedra que estaba después de la división del centro de la plaza. Theo iluminaba nuestro camino con la linterna del celular. Alex nos ayudaba a subirnos al semi círculo del castillo que —para mi sorpresa— pintaba el mejor pa-





norama de Oia. Las casitas estaban iluminadas por dentro, dando una luz tenue y tranquila. El castillo estaba oscuro, iluminado solo por la luz de las estrellas y la luna y el viento soplaba de una manera demasiado estúpida. Las ruinas del castillo seguían en la parte baja, no se veían completamente bien, habría que venir mañana a verlas y apreciar lo que me perdía por la falta de luz.

Por un minuto maldije el no tener luz solar, después agradecí la falta de luz al ver el cielo y saber lo hermoso que estaba pintado de estrellas. Se podían ver estrellas que ni siquiera había visto nunca en mi vida.

Sonreí. Me sentía tranquila.

—No se acerquen a la orilla —advirtió Theo—. Un mal movimiento y terminarán en el fondo del Egeo.

—Créeme —le contestó Andrea—. No tengo intenciones de moverme aún.

Ella tenía miedo a las alturas y sabía que lo estaba pasando mal hasta ahora.

—Un trago más y se te quita el miedo. —Sonreí aunque dudaba de que alguno de los tres se diera cuenta.

Alex sacó de su cesta una botella de vino, copas de cristal y un sacacorchos (el cual Theo usó sin perder tiempo). Alex se acomodó a mi lado, en comparación con Theo y Andrea, que desde ya estaban bastante acaramelados acercándose a casi el punto de besarse. Ella sí que no pierde el tiempo. Nosotros nos manteníamos puros bebiendo vino y teniendo pequeñas charlas.

No es que no quisiera entrar a la acción con él, solo que estaba nerviosa y no sabía cómo reaccionar.





Brindamos y hablamos todos en grupo, riendo, reproduciendo música tanto en griego como en inglés hasta que Andrea les puso unas buenas rancheras y la que no podía faltar de Ana Gabriel, incluso insistió en que cantara como ella, lo cual no dudé a pesar de que me daba pena lo que fuera a pensar Alexander.

Cuando terminé mi imitación ronca de *Quién como tú*, él aplaudió con bastante entusiasmo. Sabía que no había entendido una mierda de la canción, lo cual era bueno. No existirían mal interpretaciones.

—Me sorprendes —dijo cuando regresé a mi lugar en la piedra.

—Sí, lo sé, soy grandiosa —dije echándole una mirada que según yo era bastante atractiva, pero con la puta poca luz no se veía una mierda.

Una vez un chico me dijo que mis ojos eran demasiado intensos, una intensidad estúpida que comunicaba al mundo todo lo que pensaba y eso era un miedo que se quedó impregnado en mí, no quería ser un libro abierto de mis sentimientos.

—¿Quieres otro? —preguntó Alex viendo mi vaso vacío.

—Claro que quiero otro. —Extendí mi vaso esperando a que lo llenara de vino.

La única luz del celular de Theo iluminaba solo una parte del rostro de Alex. No tenía su característica gorra, pero su cabello semi largo combinaba muy bien. Instintivamente, mis pensamientos me llevaron a acariciar su rostro. Sentí cómo todo en él se tensaba. Incluso yo me estaba tensando al pensar «qué diablos estoy haciendo?», pero no podía detenerme, el im-





pulso de tocar más de él era enorme y si no daba el primer paso, lo daría yo, la anticipación de saber si le gustaba o no me estaba matando.

Alex dio el siguiente paso, acercándose más a mí, nuestras frentes se juntaron, las respiraciones se sincronizaron, rápido y variado. Mi corazón latía a toda prisa por la anticipación, una anticipación eterna que mandaba signos escalofriantes.

Apreté mi cuerpo aún más, esperando a que fuera él que moviera sus labios primero, quería que él tuviera el control de nosotros, como lo había hecho en el restaurante. Su cuerpo aún se sentía como el de un niño, pero la manera en que lo movía me decía que esta no era la primera vez que lo hacía.

Nuestras miradas se cruzaron, con el cielo pintado de estrellas como testigo de lo que estaba a punto de pasar. La vía láctea era visible, como diamantes en el cielo esparcidos como polvo de hadas. Sonreí, sintiendo cómo me olvidaba de todo y dejaba solo a él en mi mente. Dejé de pensar en el viento que revoloteaba a nuestro alrededor y mis inseguridades quedaron debajo del Egeo por un minuto. No existía nada más que el beso que estaba a segundos de pasar.

Antes de venir a Grecia tenía una relación complicada con un chico de mi país. Más que una relación amorosa lo llamaría estupidez juvenil. No estábamos conectados de la manera en que están conectadas las almas gemelas y si me preguntas si ellas existen, la respuesta es sí. Creo en ellas hasta la médula, solo yo no logro encontrar mi hilo rojo, aquel hilo imaginario que me junta a mi alma gemela, al menos eso había leído en los libros.





—Bésala ya, Alex —dijo Theo en inglés muy británico. Estos acentos iban a matarme.

Este se dio media vuelta para ver a Theo ayudar a Andrea a subirse en la piedra para brincar a la plaza central del castillo. Theo nos dio un guiño que a pesar de la oscuridad que la caldera nos proporcionaba era bastante visible.

—¿A dónde vas? —preguntó Alex alejándose aún más de mí. Me toqué los brazos por la anticipación, al parecer tendría que regresar a la cuevita porque mi amiga tenía planes de llevarse al hotel, no podía mirarla a la cara, pero sabía que se trataba de eso.

—Con Andrea al hotel —respondió en griego. ¡Mierda! Lo sabía.

—¡Lo siento, Mía! —gritó mi mejor amiga alejándose de la piedra donde estábamos ubicadas.

Tomé mi copa de vino, acomodándome en la roca de nuevo. El momento de pasión entre nosotros se había perdido, o al menos eso pensé hasta que Alex se acercó, tomando mi rostro con fuerza. Sus labios tocaron los míos con extraña pasión. Podía sentir la tensión que se formaba en mi estómago, una sensación rara. Por primera vez sentía las putas mariposas que sentí con el único novio que había amado, lo cual era una locura.

«Vamos, mariposas, ahóguense con el jugo gástrico y no me jodan la vida».

En un principio no pude responder a sus labios como me gustaría, lo bueno es que él tampoco los estaba moviendo hasta que yo abrí los míos para morder su labio inferior. Soltó un gemido, suave y poco audible, cuando pasé mis dien-





tes con delicadeza sobre su piel. Alex me acercó aún más, sus piernas estaban ligeramente abiertas, posicionándome en medio. Una vez más, sus labios causaron estragos en mi estómago, por lo visto las mariposas peleaban por su vida ahí dentro.

—Mierda —susurró Alex en inglés, pegado a mis labios. Me negué a separarme por lo que devolví el beso con más intensidad.

Repentinamente estábamos tocándonos de una manera muy sensual, sus dedos recorrían mis pechos con una mano, me agradaba saber que eran mucho más grandes que sus manos y tenía bastante que disfrutar con ellos. Estiré la espalda para darle un mejor acceso. Alex separó sus labios mientras bajaban a mis pechos.

—¡Qué escote! —dijo observando la línea de ropa que resaltaba mi piel. Mi sostén ayudaba muchísimo, colocando mis pechos muy arriba. Les llamaba sostenes al estilo Colombia, esas mujeres eran unas expertas en eso.

—¿Quieres probarlos? —¡Dios mío! Mañana me iré a meter a la iglesia a pedirles perdón a todos los santos griegos.

—Eres una chica mala, Mía, muy mala —lo dijo con una sonrisa pícaro que me encantó y me incentivó a querer decir más de este tipo de cosas. Usualmente no era así, pero él estaba haciendo que hiciera cosas que nunca pensé. Bueno quizá siempre las pensé, pero jamás las hice.

Me mordí el labio estirando el pecho al tiempo que él bajaba la tela de mi vestido, rebelando el fino tejido de mi súper sostén negro. Sus labios se posaron en mi piel, en la línea divisora, pa-





sando su lengua en pequeños círculos. Solté un gemido por la anticipación, quería que Alex bajara más.

—¿Alguna vez has probado hacer cosas en un viejo casti-
llo, Mía?

Negué con la cabeza, dándome cuenta de que él no podía verlo, estaba muy concentrado bajando la tela de mi sostén, ¡fi-
nalmente!

—Siempre hay una primera vez para todo. —Mi voz salió más como un suspiro. Sus labios estaban sobre mi pezón y yo ya no podía pensar en nada más.

—Mala... muy mala —dijo antes de morder con fuerza mi delicada piel, ese mordisco mandó un aviso a mi clítoris, que reaccionó de inmediato.

Cerré las piernas para calmar mi maldita ansiedad. ¿Acaso no pienso en las personas que pueden aparecer por aquí?

—Siempre —susurré levantando su rostro para mirarlo a la cara antes de besarle los labios.





◊◊◊◊◊◊
ATENAS, QUERIDA MÍA
AÑO 2017 ◊◊◊◊◊◊

Llegué a Lotza, con la esperanza de ver a Kat como todas las mañanas, también recé por no ver a Alex, no podía después de mi numerito de hacía dos noches. Al parecer tuvimos un momento tenso —del que no me recuerdo—pero según Kat, y su escasa memoria, involucró sentimientos pasados.

—¡Mía! —gritó John, el primo griego de Kat. Trabajaban juntos en Lotza, lo cual era un indicio más de que este lugar era demasiado familiar.

—Hola, John. —Besé sus mejillas—. ¿Está Katerina?

—Sí, claro entra. —Me señaló una mesa justo frente a la caldera.

La vista de Lotza era hermosa, lograbas ver la caldera, el cráter del volcán, el otro extremo de la gran isla de Santorini donde se encontraba el faro que todas las noches lograba ver desde mi ventana. Podías ver la iglesia de san Nicolás, con su distintiva cúpula azul, del otro lado pintando la elevación de tierra con pequeñas casas que parecían nieve a lo lejos.





Observé las vistas, sintiendo el calor abrasador que me sofocaba. Era un día demasiado caluroso, estábamos a treinta y ocho grados y el caminar hasta aquí me sacó un poco la humedad del cuerpo.

Tomé una servilleta para secar mi frente justo al mismo tiempo que John regresaba con un vaso de agua bastante fría. Esbocé una sonrisa, agradecida por darme el paraíso en un vaso.

—Kat está por venir, está como loca de un lado para otro cubriendo a Alex.

Levanté una ceja, pero este solo se encogió de hombros antes de ir a atender una mesa de turistas que levantaban la mano para llamar su atención. Solté un suspiro recordando la primera vez que vi a Kat cubrir a Alex, fue la primera vez que nos besamos, en el castillo con la piedra semicircular que ahora era mi lugar favorito en toda la isla. Sin mencionar la pequeña casa donde habito por dos meses, ese balcón se estaba volviendo mi amante eterno.

Saqué mi iPad, y pulsé el icono de Kindle para seguir leyendo mi libro.

Ayer por la tarde había ido a casa de Kat para cenar y encontré un libro llamado *Secretos de Santorini*, una novela que llamó mi atención al máximo. Se lo pedí prestado, necesitaba un libro en físico que leer y ese era acerca de este hermoso lugar, por lo que terminaría este y me adentraría al otro.

Me concentré en la lectura y no tanto en el calor, ni en las palabras de John. ¿Cubrir a Alex?





Kat no tardó más de veinte minutos, en los que me dio tiempo de terminar tres capítulos y no dejar a la mitad el siguiente. Odio con toda mi alma dejar capítulos a medias.

—Hola, Mía —dijo dándome un gran abrazo, que no dudé en devolver—. Pensé que irías a la playa.

—Ni loca, hace demasiado calor. —Señalé mi libro—. Pensaba tomar una de tus limonadas y leer un rato. Si entra mucha gente me iré, lo prometo.

—¿Las vistas? —dijo con una sonrisa. Estaba claro que tenía un hermoso balcón en el que disfrutar, pero necesitaba un leve descanso de tanto escribir.

—Claro, las vistas.

Kat me sonrió, sentándose en la mesa conmigo después de gritarle —literalmente— a John una limonada de la casa. Las limonadas me recordaban a Alex y nuestra primera cita o lo que haya sido nuestra salida al castillo.

Recuerdo que ese día no pasó nada entre nosotros, dijo que no se trataba de ir rápido, que teníamos cinco meses para salir. Esa semana entera nos vimos en el mismo lugar, para tomar una copa de vino dulce. Se volvió una rutina hasta que finalmente dimos el siguiente paso. Ilias en ese entonces tampoco estaba contento conmigo, pero yo me sentía segura y eso valía mucho más que la tensión física que teníamos entre los dos.

—Deberías venir a cenar hoy más tarde. Sabes que disfruto de tu compañía mientras trabajo.

Fruncí el ceño.

—No quiero molestar a tu hermano.





—¿Alex? —negó con la cabeza—. Está en Atenas durante una semana así que no hay prisa.

Abrí mucho los ojos. ¿Qué? No me jodas. Estaría solo mes y medio en Santorini y ya había pasado una semana y él había decidido irse ahora a Atenas. La mirada de Kat me indicó que mi rostro de sorpresa era bastante obvio, por lo que compuse mi cara y le sonreí.

—¿A qué diablos fue a Atenas? —Bien, ahora se lo confirmé.

Kat comenzó a jugar con los dedos, nerviosa. Lo sabía porque no era la primera vez que lo veía. Negó con la cabeza devolviéndome la sonrisa que nunca le di.

—Para alejarse un poco de Oia y del trabajo. Necesita relajarse de todo.

—Claro —¡Vaya! Incluso yo podía escuchar el sarcasmo en mi voz.

Kat se tapó la boca para evitar soltar una carcajada.

—Ustedes tienen mucho de qué hablar y arreglar las cosas de otro modo que no sea por Skype.

Levanté una ceja, pensativa. Según yo, nadie sabía de nuestra no relación por Skype. Puse los ojos en blanco tomando mi limonada. Era extraño que él me conociera mejor que nadie, en las cosas pervertidas, por supuesto, pero pocas veces sabíamos cosas más rutinarias, como su película favorita o color.

Hubo un tiempo en que me dediqué a conocerlo y saber que *American Pie* era su película favorita, mientras le contaba que *Rubí* no solo era un libro que me encantaba, sino también una película que disfrutaba hasta la médula.





Sus colores favoritos eran el azul marino y el negro. Disfrutaba muchísimo de los deportes, incluso se pasaba horas viendo el fútbol, y también MasterChef. Sabía al detalle sus fantasías sexuales y, sobre todo, las cosas que teníamos pendientes. Era loco, porque incluso hablábamos de las relaciones que teníamos y nos dábamos detalles sobre ellas, pero siempre terminábamos pegados a Skype hablando de cómo sería estar juntos.

Nunca lo prometimos, pero recuerdo que hace un año hablamos sobre que él debería hacer un viaje a Guatemala, incluso hizo la sugerencia de que debía regresar. No fui yo quien la puso en la mesa. Fue él.

ALEXANDER

Debería de planear un viaje a donde estás tú.
Y tú uno a donde estoy yo.

MÍA KARAKLA

Con gusto, si es Santorini o Londres. Cualquiera me viene bien.

Estaba bromeando con él, viéndolo acostado en su cama, sin camisa. Mostraba sus abdominales de una manera esencial y sexy. Él nunca estuvo marcado como esos modelos de Instagram, seguía siendo tan normal como siempre.

ALEXANDER

¿Qué pasa si es en una isla sin electricidad?





MÍA KARAKLA

¿Tienen WiFi?

ALEXANDER

Dije sin electricidad, Mía. ¿Dónde diablos conectarás tu celular o computadora?

Me quedé pensando un minuto en las consecuencias de no tener redes, la absoluta incomunicación. No es que sea dependiente de internet o las redes sociales, pero sí que me gusta estar comunicada con el mundo y si era con Alex, pues era de pensárselo.

MÍA KARAKLA

¿Solos en una isla? ¿Qué haríamos solos en una isla, Alex?

ALEXANDER

Soñar juntos y cumplir toda la puta lista que tenemos de cinco años.

Sonreí. Sonaba perfecto.

MÍA KARAKLA

Me aseguraré de tener una habitación en Pecten, en un hotel arqueológico donde no tengamos nada más que la naturaleza.





Asegurarle las mismas cosas sonaba bien. Más aun cuando me conectaba solo para ver si él estaba en línea o no. Era una estupidez, pero nunca quise estar sin internet y redes sociales hasta ese día que propuso pasar el tiempo solos en una isla.

—¿Míaaa? —La voz de Ileana me sacó de mis pensamientos. Detrás de ella venía Irini.

Haberlas visto crecer era una locura. Ahora parecían modelos de revista, eran guapísimas al igual que Kat y yo me sentía un ser extraño a la par de ellas. Negué con la cabeza poniendo atención en las chicas. Me paré para saludarlas y darles un abrazo fuerte.

Vi sus trajes de yoga y las mochilas combinadas. Fruncí el ceño esperando una explicación que fuera lógica.

—Yoga —aclaró Irini—. ¿Vienes? Es en la playa.

¿Con este calor? ¿Yoga?

¡No!

—La verdad es que... aaaa...

—Nada de excusas, vamos, levántate. No seas haragana, Mía. —Ileana me daba unos golpecitos en el hombro para que me pusiera en marcha.

—Esto es lo único que tú y mi primo no tienen en común —replicó Kat. Levanté una ceja pensando en lo buen deportista que era el chico, pero el sarcasmo va primero en mi sistema, así que olvidé todo por un minuto y guardé mi iPad dentro.

—¡Vaya! No sabía que Alex hacía yoga. ¿Es bueno?

Las tres pusieron los ojos en blanco antes de darme otro golpecito en el brazo.

—No, es en serio. —Volví a insistir caminando a la entrada de Lotza—. ¿Es bueno en yoga? Porque yo sé que soy mala.





No puedo ni levantar la pierna más de cinco centímetros y ustedes...

Mis plegarias no fueron escuchadas y en menos de una hora estaba con un traje de yoga que me apretaba más de la cuenta. ¿Estas griegas no saben que las latinas sí tenemos culo y pechos? ¡Vaya! La ropa de Irini me quedaba como si fuera una salchicha y eso que aseguraba que es un traje viejo que le quedaba grande. No me hace sentir mejor y el taparme el estómago todo el tiempo no ayudaba.

Vi cómo colocaban las alfombras en el suelo de la playa. ¿Cómo diablos no se lastiman? La playa aquí es de piedra y no de arena, el culo les ha de doler bastante cuando terminan.

Levanté el mat que me habían prestado para la clase. Mis amigas ya estaban en posición zen cuando una bocina nos sacó de nuestros pensamientos. Las cuatro chicas, Ileana, Irini, Kat y la instructora de la que desconozco el nombre, dieron media vuelta. El Jeep llegó rechinando las llantas y haciendo un ruido monumental.

El chico rubio que se bajó del auto era toda una poesía griega. Perfecta pero indescifrable. Metí un poco el estómago, sintiéndome con mi seguridad a flor de piel. Sí que era guapo. ¡Hola, mi amor!

Se quitó sus gafas a cámara lenta, revelando una mirada matadora. Tenía las cejas gruesas, sus ojos eran claros a pesar de lo lejos que los tenía. La camisa blanca resaltaba su piel clara. Él —quien sea— estaba sacado de una revista. Pensé en mi ropa y maldije por estar tan apretada y con un poco de delineador.





—¡Aquí están! —gritó, al tiempo que las chicas se levantaban y corrían a sus brazos. Las tres lo abrazaban hablando en griego. Se veía una persona bastante subida y sexy.

En una historia de romance sería catalogado como el chico malo. Atractivo por fuera y una mierda por dentro, pero la protagonista siempre se enamora de él y por alguna razón él cambia por ella. En este caso, los chicos malos nunca cambian y seguro que no se fijaría en mí.

Bajé la mirada cuando sus ojos se posaron en los míos.

—¿Quién es la nueva? —preguntó de forma bastante audible para que yo pudiera escucharlo.

—Mía Karakla, viene de Guatemala.

—¿Latina? —Su sonrisa se intensificó al mismo tiempo que caminaba en mi dirección. Me acerqué para que mis buenos modales no fueran tan pesados.

—Un placer —dije extendiendo la mano—. Bonitas gafas.

Sus Ray-Ban aviator eran un modelo clásico, igual que las mías, que por cierto tenía en la cabeza, metidas en mi cabello castaño oscuro.

—Me gustan más las tuyas, son clásicos.

¡Madre mía! ¿Dónde saco un espécimen de estos para llevar como *souvenir*?

—Supongo que no vienes a hacer yoga con traje de baño, ¿o sí? —pregunté levantando una ceja.

—Supusiste bien. Vengo a traer a la única chica que veo que no tiene intenciones de hacer yoga. —Me dio una sonrisa de medio lado— Las demás están muy centradas en hacer su clase en lugar de pasar tiempo con su amigo del alma.





Me di media vuelta para ver a Kat, Ileana e Irini negando con la cabeza. Una de ellas incluso soltó un «sí, claro».

Mi vista regreso a los mats frente a la playa y a la instructora, que estaba llamando a las chicas. Tenía dos opciones y no pensé ni dos veces la respuesta.

—Las veo en Oia —dije corriendo a por mi bolsa.

—¡Heeey! —se quejó Kat.

—Gia pedía —dijo el rubio despidiéndose de las chicas.

Salimos de la playa y por un momento no tenía ni idea de a dónde íbamos, pasamos por Fira —que es el centro de Santorini— y paramos. Me quedé estática por un minuto mientras tenía un *flashback*. La primera vez que salí con Alex fue a tomar un café a Fira.

—Lo bueno en Fira es que hay bares que abren a las seis de la tarde. ¿Una cerveza? —Este hombre estaba lleno de confianza, y caminaba como si fuera el rey Tritón o un dios de esos mitológicos.

—¡Por favor!

Dejé que la Mía extrovertida saliera. Mi confianza debería de ser bastante grande para tener su nivel y en mí no era un problema la mitad del tiempo. Estiré mi espalda sentándonos en el bar que tenía una vista espectacular. La decoración era muy tropical, como si fuera una selva con monos de peluche colgando de las ramas de los árboles falsos. Corría una brisa cálida proporcionada por unos ventiladores que colocaban para ambientar y la vista a la caldera desde la parte de Fira era buena pero no tan espectacular como Oia.

—Dos cócteles de la amazona —dijo sin apartar la vista de mis ojos.





—¿Palomitas de maíz dulces? —preguntó la camarera con una falda demasiado corta que exponía sus largas piernas.

—Claro, con palomitas dulces. —Se tocó la cabeza como si se lo pensara un momento—. Por ahora eso. Tengo en mente pasar toda la tarde aquí.

Apenas eran las seis y media de la tarde, el sol aún estaba el cielo y se quedaría ahí por tres horas más. Me gustaba que tardara en ocultarse. Todo se volvía más cálido y el día abundante.

—Entonces —dije cuando la camarera se fue—, ¿vas a decirme tu nombre y quién diablos eres?

—Quizá, no estoy seguro de si quiero saber quién eres tú. —Levantó una ceja haciendo evidente su sarcasmo—. Soy Adria.

—Un gusto, Adria, soy Mía. —Le tendí la mano, tirando mi mejor mirada. Aquella que sabía que era profunda.

Él entrecerró sus ojos azules, sus cejas gruesas eran bastante atractivas y delineaban su rostro bastante bien. Muchos griegos eran guapos, muchos otros no lo eran. Pero este chico, de acento somatado, era guapo.

Algo en su mirada y en sus cejas me recordaban a Alex, pero no quería pensar en él y en su viaje a Atenas. ¡Idiota! Se fue y no me contó nada. Tampoco es como si hablara conmigo.

—Dos cócteles —dijo la camarera al volver—. Por supuesto, Stavros te manda los *shots* de cortesía.

Dejó dos cucharas con una cosa gelatinosa encima. Entrecerré los ojos, extrañada por esa mezcla de alcohol, sin mencionar que los cócteles eran enormes y de un color naranja, con un limón en la parte alta del vaso y una sombrilla muy tropical.





—¿Qué diablos es eso? —Señalé las cucharas—. Parecen bolas de...

—¿De? —preguntó levantando las cejas.

—De...de... de algo raro. —¡Vaya, Mía, eres tan idiota! No encontraba una palabra que describiera aquello, aunque se veían demasiado apetitosos.

—Toma la cuchara, Mía —dijo tomando una él—. Te tragas la bola que no sabes que parece, la dejas en tu boca dos segundos y luego la explotas aplastándola en tu paladar. Tomas el líquido y masticas la manilla de caramelo que vez ahí.

Observé una vez más la cuchara y la bolita que tenía adentro de la gelatina. Asentí con la cabeza antes de tomar mi *shot*. Chocamos la gelatina y me la llevé a la boca. El sabor dulce llegó a mi paladar antes de explotarla. El líquido dulce le dio un toque maravilloso a mi boca. Un sabor a caramelo con vodka y algún licor.

Tragué el resto de la bebida y mastiqué la semilla que tenía dentro. Era delicioso y jamás había probado algo por el estilo.

—Esto está increíble —dije lamiendo mi labio inferior.

—Este solo es un sabor, hay más para que probemos todos. Tenemos tiempo —me guiñó un ojo. Le mandé una sonrisa asegurándole que estábamos bien y que seguiríamos con esto.

Como lo habíamos planeado en el primer *shot*, seguimos tomando durante toda la tarde hasta llegar a la noche. Bailamos, cantamos y tomamos más de esos pequeños tragos que parecían inofensivos. Tomamos incluso unas peceras compartidas repletas de un líquido refrescante y supongo que ese es el culpable de haberme mandado a la mierda.





Me subí el pantalón, las idas al baño se estaban volviendo más seguidas y los mareos constantes. Estaba desequilibrada, al igual que Adria, pero siempre se estaba comportando como un chico malo sexy y eso me estaba volviendo loca.

Regresé a mi lugar en el bar donde Adria tenía un nuevo trago en nuestra mesa.

—Tengo una idea. —Su voz sonaba mucho más fuerte—. Baila conmigo.

Sonreí tendiéndole mi mano.

—Solo si cantas a mi oído como todo un caballero.

Cerré los ojos recordando a Alex. Él solía hacer eso y hacerme sentir como si tuviera el poder de soñar despierta, como si los cuentos de hadas se volvieran realidad. Alex cambiaba mi mundo de una manera que, en seis años, o quizá en toda mi vida lo había hecho, lo peor, ni siquiera lo sabía.

—Los caballeros no existen, nena. Pero prometo que cantaré a tu oído.

La noche se hizo eterna y cuando el regreso se hizo presente, estábamos demasiado alegres para un viaje de una hora de camino a Oia. Para mi sorpresa Kat y Irini aparecieron para llevarnos de vuelta. El amigo de las chicas se despidió con la mano alejándose en su Smart. ¿Cómo diablo cupieron todas ahí?

—Dios, Mía —dijo Kat tomándome del brazo—, hueles a alcohol puro.

—Es mejor que el yoga —dije dándole una sonrisa.

Nos metimos al Jeep, encaminándonos a Oia. Seguimos contándoles como estuvo la noche, incluso Adria se paró en





el asiento, tomando con ambas manos los tubos de arriba del Jeep.

—¡Esto es libertad! —gritó a todo pulmón.

—Bájate de ahí, Adria, vas a romperte algo o a caerte por la caldera —gritó Irini que iba de copiloto en el auto.

—¿Dónde te quedas? —preguntó Adria bajando de regreso a su asiento.

—En una de las casas de Kat —le sonreí.

—Mejor quédate conmigo.

Negué con la cabeza pensando en Alex. ¿Por qué diablos pienso en él cuando me está evitando?

—Claro, por qué no.

Adria se acercó, me dio un beso rápido en los labios y luego regresó a su lugar con una sonrisa en la cara, como si hubiera estado esperando esto durante mucho tiempo.

No pude evitar ponerme fría y tensa en ese momento, Kat me miró con una sonrisa tierna en los labios. Esto no estaba bien, al menos para mí.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Por más que quisiera aceptarlo, estaba enamorada de una ilusión, de una promesa que nunca fue hecha. Alex se alejaba de mí, de un pasado que fue perfecto. Pero la palabra era clave, pasado.

